APOTEGMAS
DE LOS LACEDEMONIOS,

EXTRAIDOS DE PLUTARCO,

y seguidos de los pensamientos del mismo Autor sobre la Superstición:

TRADUCIDOS DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO NOVENO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR.
AÑO M.DCCC.III.
Se hallará en la Librería de Castillo,
frente á las gradas de S. Felipe.

DE LA CONSTITUCION POLITICA DE LOS LACEDEMONIOS.

La coleccion de los dichos notables de los Lacedemonios es preciosa (1). Su objeto es inspirar

(1) Muy poco verosimil es, como lo ha notado ya Xilandro, que Plutarco haya formado y resumido él mismo, por órden albafético, la compilacion de los apotegmas é institutos de los Lacedemonios. En ella se halla repetido, palabra por palabra, lo que él habia ya dicho sobre

el mas ardiente ánimo, y el amor mas vivo á las leyes y á la libertad bien entendida. Por esta razon, merece ocupar un lugar distinguido en la biblioteca moral de los pueblos juiciosos é ilustrados.

Los Lacedemonios, que hablaban poco, freqüentemente hablaban bien; y nosotros debemos aprovecharnos de las excelentes cosas que han dicho, ó que á lo menos les han atribuído. ¿Pero debemos tambien nosotros confirmar todos los elogios que se han prodigado á su constitucion

---

bre ellos, en sus apotegmas de los grandes Capitanes, en su vida de Licurgo y otras partes. Sin embargo, no es imposible el que él mismo haya hecho este extracto.

política? Esto es lo que vamos á exâminar.

Se habla mucho de las leyes de Esparta; y la verdad es, que Esparta misma no tenia leyes: ella se regía por un derecho de costumbres, que jamás fué escrito, y fué prohibido hasta el escribirle (1). Las leyes solo estaban grabadas en la memoria de los ancianos, y debian, por lo mismo, alterarse, y hasta perderse, quando estos estaban faltos de memoria, ó tenian interés en perderla. Este es el mismo estado de barbarie en que yacían nuestros padres, quando

---

(1) Plut. *in Lycurgo, tom.* 1, *p.* 101, *ed lond idem, in Apophtheg. lacon.*

el gobierno feudál estaba en toda su fuerza.

La legislacion de Esparta se atribuye á Licurgo; pero él no fué quien estableció en Esparta la dignidad régia, cuyo poder estaba reducido casi al mando de los exércitos: al Senado, donde se preparaban las leyes; y á la asamblea del pueblo, en donde estas leyes recibian su sanccion; todas estas instituciones remontaban á los tiempos heroycos; y en la remota antigüedad fueron comunes á todos los Estados de la Grecia. Licurgo ha dexado un nombre célebre; ¿pero qué ha hecho? ¿Qué era él? esto es lo que se ignora. Su vida la tenemos escrita por Plutarco; pero éste nos advierte al comenzarla, que los autores, cuyos escritos

exîstian en su tiempo, no se avenían entre ellos, sí ofrecian mas que incertidumbre acerca del origen de este legislador, del tiempo en que vivió, de sus muerte, de sus viages, de sus leyes y de sus instituciones políticas. Esto es reconocer, de buena fé, que la obra que ha compuesto sobre la vida de Licurgo, no es otra cosa sino el resultado de tradiciones inciertas, cuya mayor parte desaparece á la luz de la crítica.

Dicen, que Licurgo estableció en Esparta el reyno de la igualdad; dividió las tierras entre los ciudadanos, é hizo de los Esparciatas un pueblo de hermanos. Este elógio es hermoso, sin duda; y se admira el grande hombre á quien se dirige; pero en

exâminando los hechos, se vé que Licurgo no estableció en Esparta sino la aristocrácia mas opresiva, ó mas bien, la encontró establecida, y la dexó subsistir.

El pequeño número de hombres privilegiados que se decian Esparciatas, y que solos gozaban de las ventajas de la República, parece que no ascendia nunca á mas de mil; y lejos de aumentarse con el tiempo, no hizo mas que disminuírse. Los Laconianos componian mucho mayor número, y no tenian derecho alguno en la Ciudad. Lejos de dividir la igualdad de que gozaban los Esparciatas, vivian humillados báxo el imperio de estos Señores; porque justamente puede darse este título á lo

que llamaban los iguales ó ciudadanos de Esparta, que miraban la igualdad como un privilegio exclusivo de su casta. Desde el tiempo de Licurgo estaba reunido el país de H lo s al dominio de la República: el de Mesena lo fué despues, y los desgraciados habitadores de estos parages. Hilotes y Mesenianos fueron atados á la servidumbre de la tierra, y sometidos á una opresion que jamás se vió en otra parte, ni aun en el estado mas duro de esclavitud. Esparta, pues, presentaba el quadro de lo que se vió en Francia báxo la primera y segunda raza, quando una casta poco númerosa y privilegiada se atribuía á sí sola el nombre de pueblo Francés; ella

sola tenia entrada en las asambléas de la nacion, y solo tomaba parte en la confeccion de las leyes, mientras que la gran masa del pueblo Francés, designada con el nombre de Colonos, de tributarios y de siervos, gemia diferentemente en una esclavitud graduada.

Y la comparacion es tan justa como que igualmente que en la Francia, en los tiempos que hablamos, las tierras divididas entre los Esparciatas formaban verdaderos feudos, que no pasaban sino á los primogénitos; y tambien como en Francia, las mugeres no estaban excluídas de heredar estos feudos; de suerte, que en el tiempo de Aristóteles, ellas poseían solas quasi los dos

tercios de todo el dominio de Esparta (1).

Pretenden que Licurgo, para asegurar mas, y desterrar mejor de la república todos los medios de distincion, estableció una moneda pesada de hierro, y suprimió las de oro y plata; esto es suponer, que antes de él exîstian ya estas monedas en Esparta. Sin embargo, ó ellas no se habian inventado todavía en su tiempo, ó acababan de inventarlas; y no se creerá que esta invencion tan reciente hubiese ya pasado á un país donde reynaba la turbulencia y la confusion, y en donde no habia trato al-

(1) Arist. *Polit. I, II, cap. 6.*

guno con los extrangeros (1). Hasta esta época se hacía en todas partes el comercio por cambios. Puede ser que en Esparta, como en Bisanzo y en otras partes, hubiese una moneda de hierro para las pequeñas necesidades; y esta vil moneda habrá quedado sola largo tiempo conocida de los Lacedemonios, porque ellos mismos quedaron en su primera

---

(1) Siguiendo la Crónica de Paros, fué el año 895, antes de nuestra era, quando se batió la primera moneda de plata en la Isla de Egina. Algunos autores suponen que Licurgo promulgó sus leyes 23 años despues, 872 antes de la era vulgar; y otros piensan que habia muerto mas habia de un siglo.

ignorancia, quando todos los demás pueblos de la Grecia la habian sacudido.

¿Y de dónde habria podido esparcirse la luz en Esparta? Una de las mas célebres leyes atribuídas á Licurgo era la de la Xenelasia, ó destierro de los extrangeros. Pretenden que la intencion del legislador era que los extrangeros no pudiesen traer á la república, ni sus vicios personales, ni los de sus gobiernos; pero como los Esparciatas eran entonces ignorantes, groseros y feroces; separándolos para siempre de los extrangeros, y dexándoles para siempre los vicios que acompañan á la ignorancia y á la barbárie, les quitaba para siempre el medio de adquirir nuevos conocimientos y nuevas perfec-

ciones, y los condenaba á quedar para siempre en el estado en que los habia hallado, quando todos sus vecinos se perfeccionaban al rededor de ellos. Así se vió que los Atenienses brillaban yá mucho tiempo habia en todas las artes, quando los Esparciatas no conocian todavía sino el arte de la guerra. Aun en éste, que era el único que cultivaban, habian hecho tan débiles y lentos progresos, que se hallaban tan poco capaces de formar un sitio, como lo estaban los Griegos en el tiempo de la guerra de Troya (1).

---

(1) Los Esparciatas aborrecian á los Atenienses. Sin embargo, se vieron obligados á implorar su socor-

Quando la aristocrácia domína en toda su fuerza, perpetúa la ignorancia, porque destruye la emulacion. Para conocer que el gobierno de Esparta era una pura aristocrácia, y que los Esparciatas eran verdaderos Señores, basta saber que no podian hacer comercio alguno, ni exercer industria alguna: que no cultivaban la tierra: que toda especie de trabajo era para ellos una vergüenza; y que desdeñando el hacer algo por sí mismos, se veían obligados á tener muchos mas esclavos que los otros pue-

---

corro, porque ellos mismos no podian sitiar á Itonce, donde los Ilotes se habian encerrado. *Thucyd. l. I, cap.* 102.

blos de la Grecia. Hasta sus mugeres habrian creído envilecerse si hubieran hilado lana, ó si hubieran trabajado en sus vestidos ó los de sus esposos (1). En un país donde exîste alguna libertad, el mayor número trabaja, y los ciudadanos se constituyen mutuamente tributarios entre sí de su respectiva industria: en un país donde todos los hombres fueran iguales, sería necesario que todos trabajasen ó pereciesen.

Los Esparciatas formaban el cuerpo aristocrático de la Laconia; y este cuerpo encerraba en

---

(1) Plut. *in Lycurgo et in inst. Laced.* Xenoph. *de Rep. Laced. pág.* 675, *edit. París*, 1625.

sí mismo otra aristocrácia formada de dos Reyes, de un Senado compuesto de veinte y ocho Senadores, cuya magistratura era vitalicia, y de cinco Éforos mucho mas poderosos que los Senadores y los Reyes. Los antiguos observaron, que el gobierno de Esparta se inclinaba hácia la tiranía, y que esto no dependia del poder real, demasiado circunscrito para inspirar temores, sino del de los Éforos (1).

Los Lacedemonios no se contentaban con vivir báxo un gobierno aristocrático, sino que querían que la Grecia entera se sometiese al mismo régimen. Desde que se formaba en alguna

---

(1) Plato *de Leg. I, IV*.

parte una faccion para oprimir el pueblo, se les veía prontos al instante para apoyarla. Muchas veces en una sola campiña, la misma república se halla succesivamente ensangrentada por los Lacedemonios que venian á establecer en ella el poder del menor número, y por los Atenienses que querian restablecer el régimen popular.

Como los Esparciatas no escribian, solo se les conoce por el testimonio de escritores extrangeros, los quales debian ellos mismos conocerles muy mal, supuesto que con dificultad se les recibía en un pueblo que no conocia la hospitalidad. Algunos sublimes talentos de Atenas han tenido alguna vez gusto en celebrarlos, así como vemos que

escritores modernos han afectado tambien el elevar el buen juicio y las virtudes de los salvages, mas allá de las virtudes, y de la razon de los pueblos civilizados.

Es menester observar, que aun los mas antiguos escritores que han hecho el elógio de los Esparciatas, solo alababan á los Esparciatas de los tiempos pasados, y convenian en que los de su tiempo habian degenerado mucho de las virtudes de sus antepasados (1). Esto era tomar la historia de este pueblo en las épocas donde toda historia esta-

(1) Xenoph. *de Rep. Laced. p.* 689. Plut. *inst. lacon. circa finem.*

ba envuelta en las tinieblas. Nos ponderan la virtuosa pobreza de los Lacedemonios ; y todo lo que esto significa es , que los Lacedemonios , como los otros pueblos , han comenzado por ser pobres antes de enriquecerse , y que no tenian en la pobreza los vicios que no pueden hallarse sin la riqueza. Luego que salimos de los tiempos remotos , cuya historia es , ó fabulosa ó incierta, vemos , que dueños de la Helocia y de la Mesenia , eran mas ricos en tierras , que ninguno otro pueblo de la Grecia. Los tiempos verdaderamente históricos no remontan para los Griegos mas arriba del siglo de Periclés ; y se sabe que Periclés empleaba diez talentos cada año en corromper

los magistrados de Esparta (1).

Platón, que nació poco tiempo antes de la muerte de Periclés, nos dice, que habia en Lacedemonia mas oro y mas plata, que en todo el resto de la Grecia; que despues de un gran número de generaciones, estos metales se introducian allí de toda la Grecia para no volver á salir jamás, así como el oro de los Européos va á perderse en la India (2). Supuesto que se

(1) Plut. *in Pericl. tom. I, p.* 363. Los diez talentos hacian 216000 rs. vn. de nuestra moneda.

(2) Plat. *Alcibiad. I, t. II, p.* 122, *edit. Henr. Steph.* Lo célebre de Paw parece que probó bien en sus Investigaciones sobre los Griegos, que en las remotas épo-

contaban bastantes generaciones antes de Platón, despues que todas las riquezas pecuniarias de la Grecia habian sido arrastradas á la sima de Lacedemonia, no es, pues, cierto que Lisandro, contemporáneo de Platón, fué el primero que introduxo en Esparta las riquezas y la corrupcion.

Los Lacedemonios no conocian las artes, que hacian la gloria de Atenas; apenas sabian leer y escribir; y se hallaban muy pocos que supiesen contar; pero eran muy sabios en avaricia (1).

---

cas los Lacedemonios eran ricos en plata.

(1) Plat. *Hipp. maj. t. III, p.* 284, 285.

Desde el tiempo de Aristóteles, discípulo de Platón, y sin duda mucho antes que él, no se veía en Esparta señal de esa partija igual de tierras, que se atribuye á Licurgo. Algunos Esparciatas eran ricos, y otros, ó no tenian nada, ó tenian muy poco. Las mugeres tenian mucho poder, porque poseían una gran parte de las riquezas; ellas mandaban á los hombres, y estaban muy mal criadas para mandarse á sí mismas el tener costumbres y decencia. Ellas llevaban á sus esposos ricos dotes, con la condicion de estarlas siempre sumisos (1).

La dignidad de Éforo era

---

(1) Aristot. *Polit. l. II*, *c.* 6.

freqüentemente concedida á unos hombres, al mismo tiempo pobres y codiciosos, los quales, como que permanecian poco en el empléo, se daban priesa á enriquecerse, se hacian venales, y no rehusaban, quando les pagaban bien, el trabajar con todas sus fuerzas en la pérdida del Estado (1).

Los Senadores no podian ser elegidos antes de tener sesenta años; y como conservaban los empleos todo el resto de su vida, no era raro que los ocupasen largo tiempo en un estado de imbecilidad; y eran tanto mas fáciles de ganar, como que no tenian que dar cuenta á nadie de su conducta.

---

(1) Aristot. *Polit. l. II*, *c. 6.*

Las costumbres de Esparta obligaban á sus ciudadanos á comer en comunidad : cada uno de ellos tenia obligacion de contribuír todos los meses con cierta cantidad de provisiones, y una suma de dinero. Los infelices, á quienes la pobreza no permitía el hacer este gasto, eran privados del derecho de ciudadanos. Así en esta república, donde quieren que el legislador haya establecido la igualdad, el ciudadano podia hallarse por su pobreza reducido á una desigualdad vergonzosa.

Como los Esparciatas solo sabian hacer la guerra, era la paz para ellos un estado insoportable. Ellos empleaban su inquietud y su codicia contra todas las repúblicas de la Grecia, contra la

Persia y contra el Egipto ; y freqüentemente tenian la baxeza de venderse á Reyes bárbaros, para hacer la guerra á los Griegos , y avasallarlos. Sin embargo , á pesar de su ostentacion de valor , tenian cuidado de guardarse ; y alguna vez en todo un Exército Lacedemonio no habia mas que treinta Esparciatas. Los aliados , los vasallos y los Ilotes eran los que prodigaban su sangre ; y los Esparciatas , sus Señores , eran los que recogian la gloria y el provecho de la victoria.

Las mugeres de Esparta , tan fieras y altivas , que en palabras manifestaban un valor superior á su sexô , no sabian sino temblar y entregarse á la desesperacion quando veían al enemigo. Los

Tébanos, báxo la conducta de Epaminondas, se presentaron delante de Lacedemonia; y los Lacedemonios, con su espanto y sus gritos, causaron en el pueblo mas turbacion, que los mismos Tébanos.

Se celebra la virtud de estas mugeres; dícese, que en mucho tiempo no se conoció en Esparta el adulterio. Aquí es menester tambien consultar los hechos. El matrimonio tomaba en Esparta la forma del libertinage: era preciso que los jóvenes robasen las hijas que pretendian para esposas; que las tuvieran ocultas, y las visitasen furtivamente (1). ¿Pero el mismo matri-

(1) Plut. *Inst. lacon.* Xenoph. *de Recop. Laced. p.* 676.

monio no podia considerarse como un estado de adulterio, quando la costumbre, ó bien la ley, permitía á los ciudadanos el prestarse reciprocamente sus mugeres; quando los viejos imploraban en el lecho nupcial el socorro de los jóvenes hermosos y llenos de vigór; y quando los ciudadanos, disgustados de sus mugeres, debian hacerse reemplazar por hombres de una constitucion robusta, y cuya virtud fuese estimable (1)? Pero las mugeres no esperaban siempre las órdenes de sus maridos, como lo prueban las galanterías de la muger de Agis con Alcibiades.

---

(1) Plut. *in Lycurgo*, *p.* 105. Xenoph. *de Rep. Laced. p.* 676.

Concuerdan en que, antes de Licurgo, el carácter de las Esparciatas era insociable y feróz (1). Las costumbres de los hombres, eran duras y groseras; y las de las mugeres, desarregladas. Los hombres, enemigos de todo extrangero, no se ocupaban sino en combatir; y las mugeres en su ausencia abusaban de su libertad. Licurgo no podia hacer aceptar á los Esparciatas sino una legislacion dura como ellos. Como enemigos del trabajo, solo amaban el exercicio de las armas; y así toda su vida fué consagrada á este exercicio, y el trabajo abandonado á los esclavos. Eran feroces, y

---

(1) Herodoto, *Clio. c.* 65.

así les dexó á los Ilotes para objeto de su ferocidad, y les permitió el horrible placer de ir á cazarlos (1).

Aborrecian á los extrangeros, y Licurgo confirmó la costumbre de desterrarlos de sus dominios. Los jóvenes habrian despreciado en cierto modo los fa-

---

(1) Habia estaciones en el año que enviaban los jóvenes al campo, cada uno con un puñal y un saco de provisiones: estos se emboscaban, y aguardaban con paciencia á los Ilotes, para asesinarlos. Algunas veces se esparcian fortificados en los campos que cultivaban estos desgraciados, y allí hacian en ellos una carnicería horrible. Plut. *in Lycurg. p.* 121.

vores del amor, si no los hubieran debido á la violencia; él hizo que el rapto se pareciese al matrimonio, y los placeres del tálamo, á los furtivos del libertinage. Las mugeres se habian acostumbrado á la licencia. Formó hombres, y su virtud misma se parecia al descaro de la disolucion. Los nudos de himenéo eran poco respetados, é hizo del matrimonio una capa del adulterio. Las solteras no conocian el pudór, y él las expuso casi desnudas sobre los bordes del Eurotas, en los juegos, en las luchas y en las danzas. En una palabra, si Licurgo es, en efecto, el autor de lo que se llama leyes de Lacedemonia, dió á los Esparciatas la constitucion que es-

taban mas dispuestos á recibir, la qual no hacía otra cosa sino legitimar los vicios que no podia corregir.



APOTEGMAS DE LOS LACEDEMONIOS.

Agacicles.

Preguntaron á Agacicles cómo se podria, sin tener guardias, mandar con seguridad. "Mandando, respondió, como un padre á sus hijos."

Agesilao el Grande.

Un miserable sufria con paciencia el tormento. "¡Cómo pros-

„ tituye, dixo Agesilao, este
„ malvado la paciencia y el va-
„ lor, á las acciones mas vergon-
„ zosas y criminales!"

Alababan delante de él á un orador que tenia el arte de dar el ayre de grandes, á las cosas mas pequeñas. "Yo no miro,
„ dixo, como buen Zapatero, al
„ que hace zapatos grandes para
„ un pie pequeño."

Uno le representaba que habia concedido cierta cosa, y se lo repetia muchas veces. "Sí, le
„ respondió, yo lo concedí, si
„ era justo; pero no siendolo,
„ yo lo dixe, mas no lo conce-
„ dí." = "Pero un Soberano, le
„ replíca, debe mantener lo que
„ ha prometido." = "Y los que
„ le rodean deben tambien no de-
„ cirle, ni pedirle sino cosas jus-

„ tas , y respetar las circunstan-
„ cias y sus deberes."

Quando oía alabar ó censurar á algunos, decia, que lo mismo era menester conocer las costumbres de los que así hablaban, que las de los que eran objeto de sus discursos.

Quando emprendió la guerra contra los Persas, para substraer del yugo á los Griegos del Asia, Tisafernes, espantado desde luego, concluyó con él la paz, y convino en entregarle los pueblos Griegos, volviéndoles el uso de sus leyes y de su libertad. Pero al mismo tiempo que negociaba este tratado, hacía pedir al Rey un Exército formidable, y quando lo recibió, declaró la guerra á Agesilào, si no salia del Asia. Éste no manifes-

tó enojarse por esta perfidia, y desde luego fingió querer atacar la Caria. Tisafernes se apresuraba ya á juntar allí sus fuerzas, quando Agesilao cayó de golpe sobre la Frigia, se hizo dueño de ella, y tomó un gran número de pueblos y riquezas. "Es
„ impiedad, decia, faltar á los
„ tratados concluídos con los ami-
„ gos; pero engañar á los ene-
„ migos, no solo es una cosa
„ justa y gloriosa, sino dulce y
„ provechosa."

Faltandole caballería fué á Efeso, y mandó á los ricos que pusiesen, cada uno en su lugar, un caballo y un hombre, y los dispensó del servicio. Quando en lugar de hombres ricos y tímidos vió juntos estos ginetes esforzados, dixo: "Imíto á Aga-

„ menón, el qual, por un buen
„ caballo, exîmió de la guerra á
„ un hombre rico y cobarde."

Hizo desnudar á sus prisioneros para venderlos, y con separacion hizo poner sus despojos en el mismo mercado. No faltaron compradores para los vestidos; pero se burlaban de aquellos cuerpos blancos y débiles de unos hombres inútiles, y acostumbrados á pasar su vida á la sombra. Nadie se presentó á comprar ni uno de ellos. "Ved
„ aquí, dixo Agesilao á sus sol-
„ dados, las cosas por las qua-
„ les haceis la guerra, y mirad
„ los enemigos que teneis que
„ combatir."

Derrotó á Tisafernes en la Lidia, le mató la mayor parte de su gente, y recorrió, devastán-

dole, el dominio del Rey de Persia. Este Príncipe le pidió la paz, ofreciendole grandes sumas de dinero. "A la república toca, le
„ respondió, el concluir la paz.
„ Por mí, mas quiero enrique-
„ cer á mis soldados, que enri-
„ quecerme yo; y creo que es
„ honor de los Griegos el tomar
„ despojos á los enemigos, y no
„ el aceptar sus presentes."

Como complaciente y franco, sabía en las grandes ocasiones sacrificar sus inclinaciones á sus deberes. En una retirada, tumultuosa y precipitada, abandonó á un jóven que amaba, y se hallaba enfermo. Este desgraciado imploraba su compasion, y le llamaba vertiendo lagrimas. "¡Quán dificil es, exclamó el
„ Esparciata, el ser á un mismo

„ tiempo sensible y prudente."

Él no vivia con mas delicadeza que sus camaradas; no se entregaba á la bebida, ni á los placeres de la mesa; mandaba al sueño, en vez de dexarse señorear de él; despreciaba el frio y el calor, y llevaba los mismos vestidos en todas las estaciones. Acostado en la tienda en medio de sus soldados, no tenia mejor cama que ellos. " Por la templanza y el valor, decia, y no por el luxo y la delicadeza, debe un Comandante distinguirse de los otros."

Le preguntaron, qué bien habian hecho á Esparta las leyes de Licurgo: " Inspirar en ella, dixo, el desprecio de los deleytes."

Uno estaba admirado de que

los Lacedemonios, y él mismo, estuviesen vestidos tan groseramente, y tolerasen una vida tan dura: "Extrangero, le respon-
„ dió, estas son las semillas que
„ nos hacen recoger la libertad."

Lo empeñaban en que dexáse su vida austéra, y consideráse la incertidumbre de los sucesos, que no le permitia el saber si llegaría un tiempo en el qual pudiese disfrutar una vida mas dulce. "Yo me acostumbro,
„ decia, á no tener necesidad de
„ hacer mudanza alguna, en nin-
„ guna mudanza de la fortuna."

Viejo ya, persistía en el mismo género de vida. "¿Por
„ qué en una edad tan abanza-
„ da, le preguntaron, y con un
„ frio tan rigoroso, vais sin túni-
„ ca? = Para que los jóvenes ten-

„ gan que imitar el exemplo de
„ los viejos, ó de los que los
„ manden."

Pasaba á Tasos con su Exército, y sus habitadores le enviaron harina, aves, postres, tortas de miel, y toda clase de manjares y bebidas delicadas. Él no recibió sino la harina, y suplicó á los que le hicieron aquel regalo, se llevasen lo demas, porque no tenia necesidad de ello. Pero insistiendo y suplicando estos, que lo admitiese todo, lo hizo así, y lo distribuyó entre los Ilotes. Preguntáronle la razon por qué obraba así, y dixo: "Es, porque los hombres de co-
„ razon no deben entregarse á
„ las delicias del paladar. Lo que
„ halaga la golosina de los es-
„ clavos, es extrangero para los

" hombres libres."

Los habitadores de Tasos, creyendo haber recibido de él grandes beneficios, quisieron divinizarle y erigirle altares, y sobre este punto le enviaron una diputacion. Quando leyó los honores que le destinaban, preguntó á los Diputados, si su patria tenia poder para mudar los hombres en dioses sobre su palabra: " Empezad, pues, les dixo, por " haceros dioses vosotros mismos: " si lo conseguís, yo creeré en- " tonces que podeis dispensarme " tambien á mí igual favor." Los Griegos de Asia decretaron que le erigirían estatuas en los principales pueblos. Su respuesta fué: " Que no hicieran re- " presentacion alguna de su per- " sona, ni en pintura, ni en ta-

„lla , ni en bronce."

En Asia vió una casa cuyos apoyos eran de madera , bien quadrados. " ¿Crecen los arboles qua„drados en este país ? pregun„tó. " No : = Ellos nacen redondos. = Ya lo entiendo : " Si „crecieran quadrados , vosotros „los volveriais redondos." Le preguntaron hasta dónde se extendian los límites de la Laconia : = " Hasta donde , dixo, „puede llegar esta pica."

Otro le preguntó , por qué no tenia murallas Esparta : " Vé „ahí , mostrándole á los ciuda„danos armados , las murallas de „los Lacedemonios."

A otro que le hizo la misma pregunta , le dixo : " Las „ciudades no se han de fortifi„car con maderos , ni piedras,

„ sino con las virtudes de los „ ciudadanos."

Él exhortaba á sus amigos á no enriquecerse en caudales, sino en virtudes. Quando queria que los soldados desempeñáran prontamente alguna operacion, él se ponia el primero á trabajar á la vista de todos. Se gloriaba de no trabajar menos que los demás, y de no mandarse menos á sí mismo, que á los otros.

Vió á un Lacedemonio cojo que marchaba al Exército, y buscaba un caballo: "¿No sa„ bes, le dixo, que en la guer„ ra no se necesitan gentes que „ huyan, sino que se manten„ gan en su puesto?"

"¿Cómo habeis adquirido „ tanta gloria, le preguntaron: = „ Despreciando la muerte."

El Rey de Persia, en una inaccion pérfida, corrompia los Oradores de la Grecia. Agesilao habia sometido una parte considerable del Asia, dependiente de este Príncipe, y podia prometerse todavía nuevos progresos, quando fué llamado por los Éforos. La causa de llamarle, era la de hallarse Esparta amenazada de una guerra por parte de la Grecia, suscitada por las sumas de los Persas. Aunque la órden que recibió destruía sus mas lisongeras esperanzas, no se detuvo en obedecerla: " Un Co-
» mandante, dixo, debe ser man-
» dado por las leyes:" y partió, dexando con el sentimiento mas vivo á los Griegos del Asia. Véase aquí su respuesta á los Éforos: " Agesilao á los Éforos, pros-

„ peridad. Yo he subyugado á
„ una gran parte del Asia, he
„ repelido los bárbaros, y he he-
„ cho un grande acopio de ar-
„ mas en la Yonia: sin embar-
„ go, puesto que me llamais pa-
„ ra tal dia, sigo á mi carta, y
„ puede ser que la preceda. Yo
„ no disfruto del mando para mí,
„ sino para la república y sus
„ aliados. Mandar segun la jus-
„ ticia, es en efecto ser manda-
„ do por las leyes, por los Efo-
„ ros, y por todos aquellos en
„ cuyas manos ha puesto la re-
„ pública la autoridad."

Despues de haber franqueado, y atravesado intrépidamente el Helesponto, tomó el camino por la Tracia, y sin abatirse á suplicar á los Bárbaros de aquellos parages le dexasen pa-

sar, les hizo preguntar si atravesaría su país como amigo, ó como enemigo. Todos le recibieron en calidad de amigo, y le concedieron el paso, excepto los que llaman Troadianos. Dícese, que estos habian recibido dinero de los Persas para obrar de este modo; y le pidieron una contribucion de cien talentos, y otras tantas mugeres. Agesilao se contentó con burlarse de su insolencia, preguntando por qué no venian ellos por la contribucion. Abanzóse hácia ellos en órden de batalla; les hizo huír, les mató mucha gente, y pasó.

La misma pregunta hizo al Rey de Macedonia. Éste respondió, que se aconsejaría. "Que » se aconséje, dixo Agesilao; y no, nosotros marchemos." El Ma-

cedonio se admiró de esta respuesta, y concibió cierto espanto y temor, y le suplicó al instante que pasáse por sus Estados como amigo.

A la vista de Corinto se habia dado una batalla, en la qual habian muerto pocos Esparciatas; pero los Atenienses, los Corintios y los aliados de estos pueblos, habian experimentado grandes pérdidas. Agesilao, en vez de manifestar júbilo con esta noticia, arrojando un profundo suspiro, dixo: "¡Desgraciada Grecia, que con sus propias manos ha destruído tantos hombres, quantos habrian bastado para vencer á todos los extrangeros!"

Difridas le traxo de Esparta la órden de atacar al paso, y sin

dilacion á la Beocia. Él mismo habia concebido esta propia idea; pero quería executarla mas tarde, y con mayores fuerzas. Sin embargo, se contentó con enviar veinte mil hombres, que estaban cerca de Corinto: dá la batalla á Coronéa, y á un tiempo se vé vencedor de los Tébanos, de los Atenienses, de los Argianos, y de los Corintios.

Incomodado de resultas de todas las heridas que habia recibido, y despues de haber ganado la mayor victoria que hubo en su tiempo, volvió á Esparta, á quien habia llenado de gloria y prosperidad, y no mudó en nada la austeridad de su modo de vivir.

Veía á varios ciudadanos llenarse de orgullo, y creerse hom-

bres de provecho, porque mantenian caballos para disputar el premio en los juegos de la Grecia. Él quiso probar, que solo se trataba en esto de ostentar riqueza y gasto, sin que la virtud entráse para nada en esta especie de victorias, y empeñó á Cinisca, su hermana, en que hiciera correr un carro en los juegos olímpicos (1).

Le preguntaban, por qué los Esparciatas eran mas afortunados que los otros. " Porque ellos, " dixo, se exercitan mejor que " los otros en mandar y en obe" decer."

---

(1) Cinisca fué la primer muger que ganó el premio en estos juegos.

Uno le manifestaba una plaza poderosamente fortificada, y en algun modo inexpugnable, y le preguntaba, si no le parecia un hermoso sitio. "Muy hermo-„so, sin duda, dixo, para ser-„vir de habitacion, no á hom-„bres, sino á mugeres."

Preguntáronle, qué habia que hacer para adquirir gran reputacion. "Decir bellas cosas, „respondió, y executar bellas „acciones."

Decia que un General debia ser audáz contra los enemigos, y benévolo para los que mandaba.

Preguntáronle, qué debia enseñarse á los muchachos; y dixo: "Lo que les sea útil quan-„do sean hombres."

Él amaba tiernamente á sus

hijos, y quando eran chiquitos, jugaba con ellos, montando á caballo en una caña. Un amigo suyo le sorprehendió en este juego. "No lo cuentes á nadie, " le dixo, hasta que seas pa" dre."

Él hacía continuamente la guerra á los Tébanos, y fué herido en una de las batallas que les dió. "Ve ahí, le dixo An" talcidas, la bella recompensa " que recibes de los Tébanos, " por haberles enseñado, á pesar " suyo, la ciencia de la guerra " que ignoraban."

Aseguran, en efecto, que se habian hecho mas belicosos con las freqüentes guerras que tenian con los Lacedemonios; y así, Licurgo en sus leyes, que llaman los dichos, porque no qui-

so que se escribieran, prohibió el hacer á menudo la guerra á los mismos pueblos, para que no supieran hacerla bien.

Agesilao pasó á Egipto, pedido por el Rey de aquel parage, que pagaba un subsidio á Lacedemonia. La sencilléz de sus vestidos hizo desde luego que fuese mirado con desprecio de los Egipcios, porque aguardaban ver al Rey de Esparta tan soberbiamente atabiado como el de Persia; pero muy presto les hizo conocer, que solo con la sabiduría y el valor se adquiere la dignidad y la magestad.

Agesípolis.

Dixo uno á Agesípolis, que en pocos dias habia Filipo destruído á Olinto. "Verdad es, „respondió, pero en mucho mas „tiempo no levantará una ciu„dad semejante."

Le echaban en cara, que revestido de la dignidad real habia sido entregado en rehenes con los hombres hechos, en lugar de las mugeres y los niños. "Era justo, respondió, porque „los que cometen la culpa, de„ben sufrir el castigo."

Otro Agesípolis, hijo de Pausanias, tenia algunas diferencias con los Atenienses, y estos eli-

gieron á los Megarianos por árbitros. " Es cosa vergonzosa, „ dixo, ¡ó Atenienses! que los „ que se pican de mandar á la „ Grecia, conozcan menos lo que „ es justo, que las gentes de Me- „ gara."

Agis.

Agis, hijo de Arquedamo, recibió órden de tomar báxo sus órdenes los jóvenes de Esparta, y hacerlos conducir por un hombre á su país, el qual los haria dueños de la ciudadela. " ¿Te- „ neis atrevimiento, les dixo, de „ confiar estos jóvenes á un hom- „ bre que ha vendido á su pa- „ tria?"

Le preguntaron, qué ciencia exercitaban mas los Esparciatas; y dixo: "La de mandar y „ obedecer."

Decia, que los Lacedemonios no preguntaban quantos son los enemigos, sino dónde estaban.

Querian impedirle el dar la batalla de Mantinéa, porque los enemigos eran superiores en número. "Quando se quiere man- „ dar á muchos hombres, dixo, „ tambien es menester saber com- „ batir á muchos hombres."

Registraba las murallas de Corinto, y exâminaba su altura, su fuerza y su extension; y preguntó: "¿Quántas son las mu- „ geres que viven aquí?"

Un Sofista decia, que nada habia mejor que la palabra. "Por

„ eso, le dixo, quando tú ca-
„ llas, no vales nada."

Los Argianos, despues de una derrota, volvieron sobre él con mas valor. La mayor parte de los aliados estaba asombrada. Agis lo conoció, y les dixo: " Tened
„ valor: si tememos nosotros,
„ que somos los vencedores, ¿qué
„ les queda que hacer á los ven-
„ cidos?"

Un Diputado de Abdera, despues de haber hablado mucho tiempo, le preguntó, qué le encargaba que dixera á los que lo habian enviado; y su respuesta fué: " Que yo te he escucha-
„ do, sin hablar palabra, todo
„ el tiempo que has querido ha-
„ blar."

Alababan á los Eleanos de que sentenciaban con la mayor

equidad en los juegos Olímpicos. " ¡Cosa maravillosa es por
" cierto, dixo, que en el dis-
" curso de cinco años sean jus-
" tos un dia!"

Le dixeron, que algunas gentes de la otra rama de los Heráclides le tenian envidia. " Y
" bien, dixo, ellos sufren á un
" mismo tiempo por el mal que
" les sucede, y por el bien que
" á mí y á mis amigos nos to-
" ca."

Un hombre decia sobre los medios de dar la libertad á Grecia muy buenas cosas, pero no fáciles de executarse. " Extran-
" gero, le dixo, tus discursos
" no necesitan otra cosa sino el
" ser sostenidos con la fuerza y
" el dinero."

Decian que Filipo cerraría á

los Lacedemonios el paso del resto de la Grecia. "Nosotros te„nemos, dixo, bastante con „nuestro país para pasearnos."

Un Enviado de Perinto, Diputado á Lacedemonia, despues de haber hecho un largo discurso, pregunto: qué queria Agis que se dixera á los Perintianos. = "Que „apenas has sabido tú acabar, y „que yo he sabido callar."

Él fué solo de Embaxador cerca de Filipo. "¡Qué! ¿solo? „le dixo el Príncipe. = Sí, so„lo, para tratar con un solo „hombre."

Preguntáronle el medio de quedar libre. = "Es, el de des„preciar la muerte."

Las espadas de los Lacedemonios son tan cortas, decia Démodo á Agis el jóven, que esos

charlatanes, que andan dando vueltas por la Plaza, no tendrian gran trabajo en tragárselas. " Sin
„ embargo, con esas espadas cor-
„ tas, respondió, los Lacedemo-
„ nios alcanzan bien á sus ene-
„ migos."

Acrotáto.

Los parientes de Acrotáto le suplicaban que hiciera una cosa injusta. Resistióles algun tiempo; pero como lo estrechasen, les dixo: " Mientras me habeis
„ tenido junto á vosotros, no he
„ recibido idea alguna de la in-
„ justicia. Despues me habeis en-
„ tregado á la patria; me habeis
„ formado, en quanto ha estado

„en vuestra mano, para amar „las leyes, la equidad y la vir- „tud. Yo procuraré correspon- „der á la educacion que me ha- „beis dado. Vosotros queréis que „tenga la conducta mas lauda- „ble; y nada es mas loable en „un particular, y aun mas to- „davía en un hombre que man- „da á los otros, que la justi- „cia. Yo haré, pues, lo que „quereis, y no lo que decís."

Alcamenes.

Preguntaban á Alcamenes, por qué no habia recibido los presentes de los Mesanianos. = "Por- „que no podia recibirlos, y que- „dar en paz con la ley."

Uno le decia que vivia con estrechéz , aunque gozaba de conveniencias. " Bueno es , res- „ pondió , hasta con riquezas , el „ vivir segun la razon , y no al „ gusto de las pasiones."

Anaxandridas.

" Para ser dichoso , decian „ á Anaxandridas , es preciso ha- „ cerse superior á la opinion , „ porque ella es la que nos pier- „ de." = " Los hombres mas di- „ chosos , segun tú , son los pí- „ caros , porque los malvados y „ sacrílegos se hacen seguramen- „ te superiores á la opinion."

ANAXANDRO.

Preguntaron á Anaxandro, por qué los Esparciatas no tenian tesoro público. = "Temiendo, res- „ pondió, no corrompiese á los „ que lo guardasen."

ANTALCÍDAS.

Antalcídas se hizo iniciar en los misterios de la Samotraces. El Sacerdote le mandó que confesáse la mayor culpa que hubiese cometido en su vida. "Si he „ cometido alguna, respondió, „ los dioses lo sabrán muy bien."

Un Ateniense trataba de ignorantes á los Lacedemonios. = " Es, porque son los únicos que ,, no han aprendido nada malo de ,, vosotros."

Otro Ateniense le decia: " Nosotros os hemos rechazado ,, mas de una vez de las orillas del ,, Céfiso." " Y nosotros, jamás ,, hemos tenido trabajo para re- ,, peleros de las del Eurotas."

Le preguntaron, quál era el mejor medio de agradar á los hombres. = " Diciéndoles las co- ,, sas mas agradables, y ofrecién- ,, doles las mas útiles."

Un Sofista se preparaba para leer un elógio de Hércules. = " ¿Para qué sirve ese elógio? ,, ¿Hay alguno que piense criti- ,, carlo?"

ANTIÓCO.

Antióco, el Éforo, supo que Filipo habia cedido un país á los Mesenianos. "¿Y les ha cedido „tambien, respondió, valor pa- „ra defenderlo?"

ARIGÉA.

Hacian delante de Arigéa un elógio de las mugeres. "No es „necesario, dixo, hablar con „entusiasmo de las mugeres be- „llas y honestas; ellas no deben „ser conocidas sino de sus pa- „dres y de sus esposos."

Yendo á Selinontes, pueblo de Sicilia, leyó en un monumento unos versos, cuyo sentido es el siguiente: "Ellos han sido víc-„timas del Dios Marte, y mu-„rieron al rededor de los mu-„ros de Selinonte." "Bien me-„recian la muerte, dixo, por-„que emprendian apagar la ti-„ranía; era preciso dexarla que-„mar toda entera."

Aristón.

Cleomenes, siendo preguntado sobre lo que debia hacer un hombre poderoso y virtuoso, habia respondido: "Bien á „sus amigos, y mal á sus enemi-„gos." Alababan este dicho de-

lante de Aristón, y dixo: "Mu-
„cho mejor es hacer bien á nues-
„tros amigos, y obligar á nues-
„tros enemigos á que nos dis-
„pensen su amistad."

Preguntáronle, que quantos Esparciatas habia. "Bastantes, „respondió, para rechazar á sus „enemigos."

Un Ateniense leía delante de él el elógio de sus compatriotas muertos en un combate contra los Esparciatas, y le dixo: "¿No concibes tú, qué hom-
„bres serian aquellos ciudada-
„nos nuestros que les dieron la
„muerte?"

Arquidámidas.

Arquidámidas oyó elogiar á Carilas porque habia sido afable con todo el mundo. "¿Merece, „por ventura, ser elogiado, di„xo, quando hasta con los má„los ha sido afable?" Uno echaba en cara al Sofista Hecatéo, el que en una comida pública de los Lacedemonios habia callado. "Tú ignoras, sin duda, dixo, „que el que sabe hablar, sabe „tambien callar."



Arquidámo,

hijo de Zeuxidamo.

Preguntaron á Arquidámo, quién gobernaba á Esparta; y respondió: "Las leyes, y los »Magistrados que las siguen."

Uno alababa en su presencia á un tocador de Zítara, y admiraba su habilidad. "¡Des»graciado! dixo, ¿qué recom»pensa reservas tú, pues, para »los grandes hombres, si prodi»gas semejantes elogios á un to»cador de Zítara?"

Dos hombres le eligieron árbitro: él los conduxo al recinto consagrado á Palas en el tem-

plo de metal, y les exîgió juramento de que habian de pasar por su decision. Luego que convenidos en ello juraron, les dixo: "Mi decision es, que no
» saldreis de este recinto sin ha-
» beros compuesto."

No quiso admitir un magnífico manto que Dionisio de Siracusa envió á sus hijas. "Yo
» temo, dixo, que con semejan-
» te adorno no me parezcan ya
» feas."

Arquidámo,

hijo de Agesilao.

Filipo acababa de ganar la batalla de Querona. Arquidámo,

hijo de Agesilao, recibió una carta de este Príncipe mas fuerte, que tenia la costumbre de verlas. Véase la respuesta que le dirigió: "Mide tu sombra, y „no la encontrarás mayor que „antes de tu victoria."

En la guerra contra Filipo le aconsejaban llevase lejos de su patria el teatro de la guerra. "El parage es lo de menos, lo „que es menester considerar es, „dónde seremos superiores á nues„tros enemigos."

Felicitabanle por haber ganado una batalla á los Arcadianos, y dixo: "Mejor habria „sido vencerlos con la razon, „que con la fuerza."

Quando vió una Catapulta (máquina de guerra para arrojar piedras) que por la primera

vez trageron de Sicilia, exclamó: " ¡Ah! Ya es bien inútil el va- „lor! "

Asticrátidas.

Quando Agis fué vencido por Antígono, cerca de Megalópolis: " ¿Qué vais á hacer, di- „xo uno á Asticrátidas; os so- „metereís á los Macedonios? " " ¿Y quién puede impedirnos, „respondió, el morir peleando „por la patria? "

Bias.

Bias fué atraido á una em-

boscada por Ificrato, General de Atenas. " ¿Qué harémos, le di„xeron sus soldados?" " Voso„tros, respondió, procurar el „conservaros; y yo, morir pe„leando."

Brasidas.

Brasidas cogió una rata entre unos higos secos; le mordió, y la soltó. " El mas débil, di„xo, puede salvarse, si se atre„ve á defenderse del que le ha„ce violencia."

Herido por una flecha en una batalla, la arrancó de la herida, y con ella dió la muerte á su enemigo. Preguntaronle, cómo habia sido herido. "Vendi-

„do, dixo, por mi Escudo."

Marchando á la guerra, escribio á los Éforos. "Todo lo „que os participe, lo executaré, „ó recibiré la muerte."

Damis.

Vino una órden de Alexandro, decretando que él era un dios. "¡Ah bien! dixo Damis, „consentimos en que Alexandro „se llame dios, si esto le agra„da."

Damindas.

Quando Filipo se arrojó so-

bre el Peloponeso, no faltó quien dixera que los Lacedemonios corrian gran riesgo si no hacian la paz con aquel Príncipe. " Hom-
„bre-muger, le dixo Damindas,
„¿ qué riesgo podemos correr, si
„despreciamos la muerte?"

DERCÍLIDAS.

Pirro tenia acampado ya su Exército en la frontera de Esparta. Dercílidas fué á él de Diputado; y como Pirro mandaba á los Lacedemonios que recibiesen á su Rey Cleonimo, añadiendo, que si lo rehusaban, les haria conocer que no eran mas poderosos que otros; le respondió Dercílidas: " Si tú eres dios, no

„te tememos, porque no te he„mos ofendido; pero si eres hom„bre, no vales mas que nosotros."

Demaráto.

Le hacian observar á Demaráto las modales groseras con que Orontas le trataba. " Yo no ten„go por qué quejarme de ellas, „dixo; los que nos adulan, nos „pierden; pero no los que nos „aborrecen."

Escuchaba á un Arpista, y dixo: " Parece que este hombre „no desempeña mal una baga„tela."

Preguntáronle en una asamblea, por qué no hablaba; si era acaso por tontería, ó por no te-

ner que decir: " Un tonto, di-
„xo, no sabría estar callado."

Le dixeron, que cómo se hallaba desterrado de Esparta, siendo Rey. " Es, dixo, porque en
„Esparta son las leyes superio-
„res á los Reyes."

Los Lacedemonios tenian chanzas pesadas y amargas, que no carecian de gracia. Un hombre despreciable importunaba á Demaráto con preguntas, y le preguntó varias veces quién era el mejor de los Esparciatas. " El
„que menos te parece, le res-
„pondió por último Demaráto."

Eudamídas.

Eudamídas, hijo de Arque-

damo, y hermano de Agis, vió en la Académia á Xenocrates, hombre de edad abanzada, que trataba con sus discípulos materias de filosofía; y preguntó: "¿Quién es este viejo?" = "Es un sabio, uno de aquellos »hombres que buscan la virtud." A lo que dixo: "¡Eh! ¿Y quan»do la practicará, si ahora la »anda buscando?"

Otra vez fué á la Académia en el momento que Xenocrates acababa la materia, de la qual habia tratado. Uno de los que le acompañaban le dixo: "Él ca»lla al punto que nos dexamos »ver." = "Ha hecho bien, si »ha dicho todo lo que tenia que »decir." = "Mas sin embargo, »habriamos tenido gusto en oir»le." = "¿Pero si llegásemos

„ quando hubiese comido, le su-
„ plicariamos que volviese á co-
„ mer?"

Uno, para empeñarlo en hacer la guerra á los Macedonios, le acordaba las victorias que los Lacedemonios habian logrado sobre los Persas. "Me parece que „ ignorais, le respondió, que no „ es lo mismo vencer mil Carne-
„ ros, que cincuenta Lobos."

Alexandro hizo publicar en Olimpia, que permitia á todos los desterrados, excepto á los Tébanos, el volver á su patria. "¡Ó Tébanos! dixo Eudamidas, „ ved aquí una proclamacion bien „ desagradable para vosotros; pe-
„ ro os hace mucho honor, por-
„ que hace ver que Alexandro „ no teme sino á vosotros."

Preguntáronle, por qué los

Esparciatas, antes de dar una batalla, hacian sacrificios á las musas. " Para conseguir que sus be-
„ llas acciones reciban los elogios
„ que merecen."

TEOPOMPO.

Un extrangero decia á Teopompo: " En mi país me lla-
„ man el amigo de los Lacede-
„ monios." " Mejor sería, le di-
„ xo, que te llamasen el ami-
„ go de tus ciudadanos y de tu
„ patria."



TECTAMENO.

Tectameno acababa de oír leer la sentencia de los Éforos que le condenaban á muerte, y se retiraba riyendo. Preguntáronle, si lo hacía por desprecio á las leyes de Esparta. "No, respondió; pero me regocijo de hallarme condenado á pagar una multa que puedo satisfacer sin pedir nada á nadie, ni contraer deudas."

CALICRÁTIDAS.

Calicrátidas iba á dar el com-

bate naval de los Arginusos. El Piloto Hermón le dixo, que convendria el retirarse, porque los Atenienses eran superiores en buques. "La retirada sería ver- » gonzosa para mí, le dixo, y » funesta para mi patria: mi » obligacion es el estarme, y » morir ó vencer."

Cleombroto.

Cleombroto, hijo de Pausanias, oía á un extrangero que quería apostárselas en virtud á su padre; y le dixo: "Mi pa- » dre te aventaja en ser padre."

CLEOMENES.

Un hombre vil llenaba de injurias á Cleomeno. " Tú insul-
,, tas á todo el mundo, le dixo,
,, para que todos se ocupen en
,, responderte, y no tengan tiem-
,, po de hablar de tus atrocida-
,, des."

En el tiempo de la irrupcion de los Persas, Meandro, tirano de Samos, buscó un asílo en Esparta; y manifestando á Cleomenes todas las riquezas que llevaba, lo estrechaba á tomar lo que quisiera. Cleomenes no tomó nada; pero temiendo que algun otro ciudadano se dexáse corromper, se dirigió á los Éfo-

ros, representándoles que era interés de Esparta el hacer salir á este extrangero del Peloponeso, no fuera que induxese á algun Esparciata á hacerse despreciable. Su avíso fué executado, y el extrañamiento de Meandro fué proclamado en el mismo dia.

Preguntáronle, por qué los Esparciatas, que tantas veces habian vencido á los Argianos, no los habian destruído. "Para de-
» xar, dixo, á nuestra juventud
» contra quien exercitarse."

Preguntáronle tambien, por qué los Esparciatas no exponian en los templos los despojos de los enemigos; y respondió: "Por-
» que fueron tomados á cobar-
» des, y por lo mismo no me-
» recen, ni ser expuestos á la
» vista de la juventud, ni con-

„ sagrados á los dioses."

Uno ofrecia á Cleomenes, hijo de Cleombroto, Gallos exercitados en la peléa, diciéndole, que estos animales estaban llenos de valor, y morian peleando por la victoria; y le dixo: "Da„me algunos de aquellos que los „matarán, porque estos valen „todavía mas."

Labotas.

Un indivíduo hacía grandes discursos á Labotas. "¿Para qué, „dixo, tan largos discursos, pa„ra tan poca cosa? Las palabras „deben ser proporcionadas á las „materias."

LEOTÍQUIDAS.

“¿Qué debe hacerse, pre-
»guntaron á Leotiquidas, para
»conservar los bienes que se go-
»zan?” “No abandonarlos to-
»dos á la fortuna.”

Tambien le preguntaron, por qué los Esparciatas bebian poco. “Porque no quieren, res-
»pondió, que los otros tengan
»razon para ellos, sino tenerla
»ellos mismos para los otros.”

Una Culebra se habia enroscado en la llave de la puerta de una casa vecina, y los adivinos anunciaban, que esto era un presagio. “Por mí, dixo, yo no
»lo creo; pero podria muy bien

„serlo, si la llave se hubiera „enroscado en la Culebra."

Un cierto Filipo tenia por oficio el iniciar en los misterios de Orféo, y vivia en una espantosa pobreza; pero anunciaba que todos los iniciados por él, serian dichosos despues de su muerte. "Necio, le dixo, ¿por „qué no te mueres tú al instan„te, para dexar de gemir en la „miseria?"

Decian á Leotíquidas, hijo de Aristón, que los hijos de Demarato hablaban mal de él. "Eso no me espanta, dixo, nin„guno de ellos sabe hablar bien."



Leonte.

Preguntaron á Leonte, hijo de Euricrátidas, quál era el pueblo donde se podia vivir con mas seguridad; y respondió: "Aquel en donde los vecinos, „ni son demasiado ricos, ni de„masiado pobres, donde la jus„ticia es poderosa, y débil la „iniquidad."

Uno decia buenas cosas fuera de tiempo: "Extrangero, le „dixo, tú dices cosas excelen„tes, pero sin venir al caso."

LEONIDAS.

Leonidas, con la certidumbre de perecer, iba á las Termófilas para combatir á los Persas. Gorgo, su esposa, le preguntó, qué la dexaba recomendado; y la dixo: "Que te cases con un hombre virtuoso, "y tengas hijos que le parezcan."

Los Éforos le representaron que llevaba poca gente, y dixo: "Bastante es para lo que "vamos á hacer." Le repusieron: "¿Y quál es vuestro pro"yecto?" y dixo: "al parecer, "oponerme á la irrupcion de los "Bárbaros, y morir, en efec-

„to, para los Griegos."

Le dixeron que los Persas arrojarían tantos dardos, que se cubriría el Sol. "Mejor, dixo, „así pelearémos á la sombra."

Vinieron á decirle: "Mira „los enemigos, que están cerca „de nosotros." A esto respondió: "¿y por qué no dices, no„sotros estamos cerca de ellos?"

Otro le dixo: "Tú vas, Leo„nidas, á exponerte, con bien „poca gente, contra un Exér„cito innumerable;" y le respondió: "Si se trata del número, „la Grecia entera no basta: com„parada ésta con la multitud de „enemigos, sería una mínima par„te; pero si se trata de quali„dades y de virtudes, bastan„tes somos."

Otro le decia lo mismo, y

le respondió : " ¡ Ah , demasia-
„ dos hombres llevo á morir ! "

Xerxes le escribió lo siguiente : " En tu mano está , sin obs-
„ tinarte en combatir contra los
„ mismos dioses , y uniéndote á
„ mi partido , el reynar en toda
„ la Grecia. " Vé aquí la respuesta de Leonídas : " Si tú co-
„ nocieras los verdaderos bienes
„ de la vida , no extenderías tu
„ codicia á lo que no te perte-
„ nece. Por lo que respecta á
„ mí , yo quiero mas bien morir
„ por la Grecia , que exercer un
„ poder absoluto sobre los hom-
„ bres de mi nacion. "

Xerxes le escribió segunda vez : " Envíame tus armas. " Su respuesta fué : " Ven á tomar-
„ las. "

Dixo á sus tropas antes del

combate : " Comed , para ir á
" cenar con Plutón."

Le preguntaron por qué los hombres de corazon prefieren una muerte gloriosa , á una vida obscura ; y dixo : " Porque su vi-
" da pertenece á la naturaleza,
" y una muerte gloriosa , á ellos
" mismos."

Lochaguo.

Vinieron á anunciar á Lochaguo , que uno de sus hijos habia muerto ; y respondió : " Mu-
" cho tiempo há que yo sabía
" que debia morir."

LICURGO.

Queriendo Licurgo, el Legislador, apartar á sus conciudadanos de la molicie, y conducirlos á la templanza para formar hombres vigorosos, crió dos perros, nacidos de una misma madre y de un mismo padre: acostumbró al uno á estarse en casa, solamente ocupado en satisfacer su golosina, mientras que al otro lo exercitaba en la caza. Quando se acabó su educacion, llevó los dos á la plaza, arroja que comer al uno, y suelta delante del otro una Liebre. Cada qual siguió su costumbre; el uno se puso á comer con ansia, y el otro

persiguió su presa, y la cogió. "Bien veis, dixo entonces „ Licurgo á los ciudadanos jun„ tos, que estos dos animales de „ una misma raza, son bien di„ ferentes por su educacion, y „ que el exercicio conduce mas „ seguramente al bien, que la „ naturaleza."

Otros dicen, que los dos Perros que crió no eran de la misma raza; que el uno era un gozque, y el otro un galgo, y que á éste fué á quien primero enseñó á cazar, quando al otro lo acostumbraba á la golosina, queriendo manifestar así quanto contribuye la educacion á inclinar al bien ó al mal, á los que la reciben. "Bien veis, dixo á los „ciudadanos, que la gloria de „descender de Hércules, no es

„de socorro alguno, si no hace-
„mos lo que á él le ha hecho
„el mas ilustre y mas generoso
„de los mortales, y no dexamos
„jamás de exercitarnos en consa-
„grar nuestra vida entera en el
„estúdio de lo que es honesto,
„y es bien visto."

Él hizo la partija de las tierras, y las distribuyó por iguales porciones á todos los ciudadanos. Bien presto, despues, recorrió la Laconia despues de la cosecha, y viendo los montones de trigo elevados los unos junto á los otros, y todos iguales entre sí, dixo sonriendo: "Se creería que
„toda la Laconia pertenece á
„un gran número de hermanos,
„que acaban de dividir la cose-
„cha."

Despues de haber decretado

la abolicion de las deudas, emprehendió la igualdad de muebles en lo interior de las casas, para destruír enteramente las distinciones y la desigualdad.

Como veía que los Lacedemonios aguantaban con trabajo el que abiertamente se les impusiesen estas privaciones, abolió la moneda de oro y plata, y ordenó no corriese otra que la de hierro, en cantidad proporcionada á las necesidades. Desde entonces se destruyó en Lacedemonia toda especie de injusticia.

Ya no hubo medio de robar, de dexarse ganar con los presentes, ni de entregarse á la rapiña; pues no podian, ni ocultar sus riquezas, ni poseer las que fueran capaces de excitar en-

vidia, ni servirse de ellas sin peligro, ni hacer con seguridad comercio alguno de importacion, ni de exportacion.

Él habia desterrado de la patria las cosas inútiles; tambien desterró á los extrangeros, no queriendo que entrasen en ella, ni mercader, ni sofista, ni adivino, ni charlatán, ni artista; y era ya apartar de allí á todos estos, el haber suprimido toda moneda útil, no dexando sino la de hierro.

Para destruír toda clase de luxo, y hasta la ambicion de poseer riquezas, instituyó las comidas públicas. Le preguntaban qual era el objeto de este establecimiento; por qué se iba con armas á estas comidas, y por qué no se componia sino de pocos

hombres cada rancho. " Esto se
„hace, respondió, para estar
„prontos siempre á executar las
„órdenes que puedan recibirse,
„y que si allí se forma alguna
„conjuracion, no pueda ser sino
„de un pequeño número de mal
„contentos." Las porciones de
comida y bebida eran iguales;
la servidumbre y la bajilla lo
mismo; en una palabra, el rico
no tenia ventaja alguna sobre el
pobre.

Tambien tomó precauciones
para que no pudiesen tener fran-
cachelas antes de ir á la comida
comun. El que allí no manifes-
taba ni sed, ni hambre, era mal-
tratado por los otros, como hom-
bre destemplado, que no se con-
tentaba con la racion de comu-
nidad; pero quando su falta es-

taba manifiestamente probada, se le multaba.

Despues de una dilatada campaña, volvió Agis vencedor de los Atenienses, y quiso tener el gusto de comer siquiera un dia con su muger, y envió á buscar su porcion, pero no se la enviaron; y los Éforos, instruídos al dia siguiente de que habia delinquido contra la ley, lo multaron.

Los Lacedemonios, indignados con las nuevas leyes, se sublevaron contra el Legislador, lo llenaron de injurias, y quisieron apedrearlo. Perseguido vivamente, se salvó atravesando el mercado, y se refugió en el recinto de Palas, en el templo de metal; pero mientras huía, Alcandro le saltó un ojo de un palo.

El pueblo, de comun acuerdo, entregó el culpado á Licurgo para que le castigáse; pero lejos de maltratarle, este grande hombre, ni aun le hizo reconvencion alguna; lo hizo su comensal, y supo tan bien conciliarse su estimacion, que este jóven no se cansaba de celebrar las virtudes de este sabio, y de bendecir el tiempo que habia pasado junto á él.

Preguntaron á Licurgo, por qué no permitia se empleáse otra herramienta sino el hacha para trabajar la carpintería de las casas, y la sierra para hacer las puertas: "A fin, dixo, de que »los ciudadanos observen la sen»cilléz en todo lo que compone »sus casas, y que nadie tenga nada »que puedan envidiar los otros."

Tambien le preguntaban, por qué habia querido que las jóvenes se exercitasen en la carrera, en la lucha, en el tiro del disco y de la flecha: " Para que
„puedan hacerse madres de una
„generacion vigorosa; para que
„aguanten con mas fortaleza los
„dolores del parto; y para que,
„si es necesario, puedan comba-
„tir ellas mismas por sus hijos
„y su patria."

Tambien, quando una extrangera dixo á Gorgo, esposa de Leonidas, que no se veía que otras mugeres mandasen á los hombres sino las de Lacedemonia, la respondió: " Consiste es-
„to, en que solo ellas paren
„hombres."

Prohibiendo Licurgo á los solteros el espectáculo de los

exercicios de la juventud, y privandoles los respetos que los jóvenes guardan á los ancianos, inspiró á los ciudadanos la emulacion de ser padres.

Aunque Dercilidas fué un Capitan célebre, nadie llevó á mal que un jóven le dixera, no queriendo cederle su lugar: "Tú
„no tienes hijos que algun dia
„puedan cederme el suyo."

Preguntaron á Licurgo, por qué habia hecho una ley de casar las hijas sin dote: "Para que
„la pobreza de las unas, dixo,
„no las dexe abandonadas, quan-
„do las otras sean buscadas por
„causa de sus riquezas; y para
„que en la eleccion de una es-
„posa, no lleven los hombres
„otro objeto, que su virtud."
Por esta misma razon desterró

los afeytes y los adornos.

Fixó la edad en que los dos sexôs podian casarse, á fin que los dos esposos estuviesen ya formados quando llegasen á tener hijos.

El jóven esposo no tenia permiso para acostarse con su muger; y se le mandaba que pasáse la mayor parte del dia y la noche èntera, con los compañeros de su edad: no podia visitar á su muger sino furtivamente, y tomando muchas precauciones para no ser observado. Sorprehendido alguno de estas disposiciones, preguntó la razon al Legislador. "Es, rèspondió, para
»que los jóvenes conserven todo
»su vigor; que los excesos no
»les lleve á la saciedad; que su
»amor sea siempre nuevo, y

„para que la patria les deba „una generacion vigorosa."

Preguntáronle por qué habia ordenado el que no ofreciesen sacrificios, sino de poco valor. "Para que no dexen jamás „de honrar á los dioses." =Por qué mandaba mudar amenudo el campo. = "Para hacer mas daño „al enemigo." =Por qué habia prohibido atacar las Cortes y las Fortalezas. = "Para que los hom„bres de corazon no se expon„gan á perecer á manos de una „muger, ó de un niño, ó de „un enemigo, no menos cobar„de que las mugeres y los ni„ños."

Los Esparciatas cuidaban mucho su cabellera, acordándose de lo que decia Licurgo, y era, que el pelo hermoseaba á los buenos

mozos, y hacía mas terribles á los hombres feos.

Mandó no perseguir á los enemigos, sino lo suficiente para hacer constar la victoria, diciendo, que no convenía á los Griegos el dar la muerte á los miserables que se retiraban; y añadió, que esta regla se acomodaba tambien á los intereses de Esparta, porque sabiendo los enemigos que no se ensangrentaban contra los que huían, y que mataban desapiadadamente á los que se obstinaban en pelear, encontrarían mucha mayor ventaja en huír, que en querer resistir.

Le preguntaron por qué habia prohibido el despojar á los enemigos muertos; y respondió: "Para que los soldados, encor» bándose para despojarlos, no

„ descuiden el combatir, y para que conserven juntos el buen „ órden y la pobreza."

LISANDRO.

Echaban en cara á Lisandro que empleaba el fraude y la astucia contra los enemigos, quando debia sus victorias á la fuerza. " Quando la piel del Leon „ no es suficiente, dixo riyen- „ do, es menester coser sobre „ ella la de la Zorra."

Armó á los Atenienses una emboscada cerca de Egos-Potamos: consigue sobre ellos la victoria, y los obliga, por hambre, á entregarle la Ciudad. Despues de unos sucesos de tanta impor-

tancia ,, se contentó con escribir á los Éforos : " Atenas se ha to-
,, mado."

Los habitadores de Argos disputaban sobre límites con los Lacedemonios, y pretendian tener justicia : sacó su espada, y dixo : " El que es dueño de es-
,, ta espada, es quien juzga me-
,, jor de los límites de un país."

Debia atravesar el país de los Beocianos, y sabía que estaban en la incertidumbre de lo que debian hacer. Envióles á preguntar si pasaría por su casa con la pica alta ó baxa.

Consultaba el oráculo de Samotraces, y el Sacerdote le dixo, que confesára la mayor falta que hubiese cometido en su vida; le preguntó : " ¿Es órden tuya, ó
,, de los dioses?" De los dioses,

respondió el Sacerdote. = "Pues „bien, retírate, y yo responderé á los dioses, si ellos me lo „preguntan."

Un Persa le preguntó qual era la constitucion que mas le agradaba. "Aquella, le dixo, „que trata como merece al cobarde, y al hombre de corazon."

Despues de su muerte se descubrió que no era rico; y los que, quando vivia, habian pedido sus hijas para casarse, se negaron á verificarlo. Los Éforos les sacaron una multa, porque lo habian acariciado quando lo creían rico, y despreciado, quando su miseria daba una nueva prueba de su justicia y de su virtud.

NAMERTES.

En una embaxada que le encargaron á Namertes, le felicitaban porque tenia un gran número de amigos, sobre lo qual dixo: "¿Y sabeis quál es el me„dio de conocer si se tienen „muchos amigos?" = "¿Quál „es?" = "La adversidad."

NICANDRO.

Preguntaron á Nicandro, por qué los Lacedemonios tenian tanto cuidado con su cabellera y con su barba. = "Es, porque

„el adórno mas bello y menos „caro, es el que los hombres „reciben de la naturaleza."

Pantoidas.

Pantoidas fué á la Académia á oír las disputas de los filósofos. Estos le preguntaron, despues de la sesion, qué pensaba de sus discursos. "Ellos son „muy buenos, les dixo; pero „inútiles, supuesto que no los „practicais."



PAUSÁNIAS,

HIJO DE CLEOMBROTO.

Los habitadores de Délos tenian un proceso con los Atenienses sobre los derechos de su Isla. " Segun nuestras leyes, decian ellos, las mugeres no pueden parir allí, ni enterrarse allí tampoco los muertos."

" ¿Y cómo podeis llamarla patria vuestra, les dixo Pausanias, si ninguno de vosotros nace en ella, ni puede quedar allí despues de muerto?"

Algunos desterrados le suplicaban conduxese su exército contra los Atenienses, diciendo-

le : " Quando fuisteis proclama-
„ do vencedor en los juegos olím-
„ picos, ellos solos fueron los que
„ os silvaron. " " Y si ellos me
„ silvaron, les dixo, quando no
„ les habia hecho sino bien, ¿qué
„ pensais, pues, que harán quan-
„ do les haya hecho mal? "

Admiraban en los despojos tomados á los Bárbaros, la magnificencia de sus vestidos. " Lo
„ mejor que hay, dixo, es va-
„ ler mucho por sí mismo, y
„ no el poseer cosas de gran va-
„ lor."



PAUSANIAS,

HIJO DE PLISTONÁX.

Pausanias estaba en Tegéa, desterrado de su patria, y allí hacía el elógio de los Lacedemonios. "¿Por qué no te has „quedado en Esparta?" le dixo uno. = "Es, porque los Mé„dicos, le respondió, no acos„tumbran vivir con las gentes „que gozan salud, sino con los „enfermos."



PŒDARÉTES.

Decian á Poedaretes que los enemigos eran muchos. " Mas
» gloria nos resultará, dixo, por-
» que son mas los que tendre-
» mos que deshacer."

Ponderaban en su presencia la dulzura de un cierto hombre afeminado. " No hay que ala-
» bar, dixo, á los hombres por-
» que se parezcan á las muge-
» res, ni á las mugeres porque
» se parezcan á los hombres, á
» menos que las circunstancias no
» autoricen á una muger á to-
» mar este carácter."

Como no fué elegido para el número de los trescientos, que

era el mas alto honor en Esparta, se retiró riyendo. Los Éforos le llamaron para preguntarle por qué reía. " Yo me regocijo, respondió, al ver que
" la República tiene trescientos
" ciudadanos que valen mas que
" yo."

Plistonacte.

Un Orador de Atenas trataba de ignorantes á los Lacedemonios. " Tienes razon, le dixo Plistonacte, nosotros somos
" los únicos que no hemos aprendido nada malo de vosotros."

POLIDORO.

Despues de la entera derrota de los Argianos, aconsejaban á Polidoro de no dexar pasar la ocasion de marchar contra su pueblo, y hacerse dueño de él. Decianle que la empresa era facil; que los hombres habian sido muertos, y que solo quedaban las mugeres. "Yo creo, dixo, que
» es muy glorioso el combatir
» en campaña abierta, y vencer
» los enemigos; pero despues de
» haber peleado por los límites,
» pensar ahora en tomar la pla-
» za, esto me parece injusto. =
» Yo no he venido á apoderar-
» me de ella, sino á entrar en

„ posesion de la tierra que nos
„ pertenece."

Le preguntaron, por qué los Esparciatas arrostraban tan valientemente los peligros de la guerra; y respondió: " Porque han aprendido á respetar á sus Xefes, y
„ á no temer á sus enemigos."

POLICRÁTIDAS.

Policrátidas iba, con algunos Esparciatas, de Diputado cerca de los Generales del Rey de Persia. Sus Colegas le preguntaron si tratarian como particulares ó como hombres públicos. " Como
„ hombres públicos, respondió,
„ si salimos bien; si no, como
„ particulares."

Sebidas.

Antes de la arriesgada batalla de Leuctra, dixo uno, que esta empresa iba á manifestar las gentes de corazon. " Esta sería „ una empresa inestimable, di- „ xo Sebidas, si ella supiera dis- „ tinguir las gentes de corazon „ para preservarlas."

Telécres.

Contaron á Telécres, que su padre hablaba mal de él. " No „ hablaría mal, dixo, si no debie- „ ra hablar."

Su hermano se quejaba de que era menos estimado que él de los ciudadanos, aunque eran hijos de un mismo padre. " Es-
„ to consiste, le dixo, en que
„ tú no sabes sufrir una injuria."

CARILAO.

Preguntaron á Carilao, por qué habia hecho Licurgo tan pocas leyes; y respondió: " Por-
„ que no son necesarias muchas
„ para gentes que hablan poco."

Tambien le preguntaron, por qué las solteras de Esparta se mostraban en público con la cara descubierta, quando las casadas no se presentaban sino cubiertas. " El
„ motivo es, dixo, porque las

„ solteras deben buscar un espo-
„ so , y las casadas guardar el
„ que tienen."

Un Ilote le resistia con insolencia. " Yo te mataría , le di-
„ xo , si no estuviera enfadado."

Preguntaronle , qual gobierno le parecia mejor. " Aquel, di-
„ xo , donde sin sedicion , com-
„ baten entre sí los ciudadanos
„ por las virtudes."



DICHOS NOTABLES DE LACEDEMONIOS NO CONOCIDOS.

Los Tébanos disputaban cierta cosa á los Lacedemonios. " Es „ necesario, les dixeron estos, te„ ner, ó menos orgullo, ó mas „ fuerza."

Preguntaron á un Lacedemonio, por qué llevaba una barba tan larga. " Para ver mejor que „ es blanca, dixo, y no hacer „ nada que la deshonre."

Un Lacedemonio vió á Diógenes que, desnudo enteramente en el rigor del Invierno, afec-

taba el abrazar á una estatua de bronce.

" ¿Tienes frio ? " le preguntó. " No , respondió el Cínico." " ¿Pues qué maravilla es esa? " le repuso.

Un Argiano decia : " Entre » nosotros se ven muchos sepul» cros de Lacedemonios. " " Y » entre nosotros , respondió un » Esparciata , no se encuentra ni » uno siquiera de Argianos : " queriendo hacer entender , que los Esparciatas habian marchado freqüentemente contra Argos, y que los Argianos jamás se habian arrimado á Esparta.

Un Lacedemonio , hecho prisionero , fué puesto en venta , y el Pregonero gritaba : " Yo ven» do un Lacedemonio. " Éste le tapó la boca ; y le advirtió, que

dixese solamente: "Yo vendo un
" prisionero."

A los jóvenes Lacedemonios no daban maestros de exercicios; querian que el valor, y no el arte, fuese el objeto de su ambicion.

Los Lacedemonios enviaron una Embaxada al Rey Antígono, hijo de Demetrio: el Embaxador obtuvo de este Príncipe, para sus conciudadanos, una cierta medida de grano por cabeza; pero por eso no dexó de ser condenado á una multa, porque habiéndole dirigido la palabra, le habia dado el título de Rey.

Un dia comunicaron á la asamblea una buena noticia; pero como ésta fué dada por un hombre despreciable, quisieron que un hombre de bien la propusie-

ra de nuevo, y fué adoptada báxo su nombre.

Dos hermanos litigaban, y á su padre le multaron porque no lo habia impedido.

Preguntaron á un Lacedemonio lo que sabía; y respondió: "Ser libre."

Un jóven Esparciata, hecho prisionero por Antígono, fué vendido, y obedeció á su amo mientras vió que lo que le mandaban podia acordarse con la dignidad de un hombre libre; pero habiéndole mandado una cosa que lo humillaba, no quiso obedecer. "Yo no seré esclavo, dixo:" Y viendo que su amo insistia, se subió al texado, y se precipitó diciendo: "Tú vas á conocer al que compraste."

Preguntaba uno á un Lace-

demonio puesto en venta: " ¿Se-
„ rás hombre de bien, si yo te
„ compro?" " Y aunque no me
„ compres tambien, le respon-
„ dió."

Un Lacedemonio hizo pintar en su Escudo una mosca del tamaño natural. Alguno le dixo riyendo: " Eso lo harás para no
„ ser conocido." " Por lo contra-
„ rio lo hago, le dixo, para ser
„ bien conocido, porque me acer-
„ caré tanto á los enemigos, que
„ podrán distinguir esta señal,
„ aunque tan pequeña."

Otro dixo á ciertos convidados, que en una comida le presentaron una Lira: " Las baga-
„ telas no convienen a los La-
„ cedemonios."

Un Lacedemonio, volcado en la lucha, y báxo el peso de su

adversario, no podia moverse; mordióle en el brazo. " Lacedemonio, le dixo éste, tú muerdes como las mugeres." " No, sino como los Leones, le respondió."

Otro, herido mortalmente de una flecha, exclamó al morir: " No me quejo de la muerte, sino de morir sin haber hecho nada, y por la mano de un tímido Arquero."

Celebraban la dicha de un cierto Lampis, Mercader de Égina, porque poseía un gran número de barcos. " Yo no comprehendo, dixo un Lacedemonio, qué felicidad es la que está colgada de algunas cuerdas."

Quando Filipo se apoderó de la Laconia: " ¿Qué vais á hacer vosotros Esparciatas?" di-

xo á un Lacedemonio. " Morir
„ con valor, respondieron: por-
„ que nosotros solos entre los
„ Griegos sabemos ser libres, y
„ no obedecer."

Despues de la derrota de Agis, Antípater pidió cincuenta jóvenes en rehenes. Eteocles, que era Éforo, rehusó el darlos, temiendo faltasen á la educacion, y que, haciéndose extrangeros á las instituciones de su país, dexasen de ser ciudadanos; pero ofreció el duplo de ancianos y mugeres. Antígono hacía las mas terribles amenazas si no obtenia lo que habia pedido; pero los Éforos le respondieron en nombre de la república: " Si lo que
„ solicitais es peor que la muer-
„ te, mejor nos será el morir."

Un viejo, curioso de ver los

juegos olímpicos, no hallaba lugar: iba por todos lados, y por todos lados no recibia otra cosa, que insultos y bufonadas, de modo, que nadie le daba entrada; pero quando se presentó en el banco de los Lacedemonios, todos los jóvenes se levantaron, y hasta los hombres hechos le ofrecieron su lugar. Todos los Griegos lo aplaudieron. "¡O Griegos! exclamó el anciano, meneando la cabeza blanca ya con los años, todos vosotros sabeis lo que es honesto, y los Lacedemonios solos lo practican."

Un Lacedemonio veía hacer una colecta para los dioses. "Yo no respeto, dixo, á unos dioses que son mas pobres que yo."

Otro oía á un Orador grandes periódos. " ¡ Por Castor y
" Polux ! dixo , que es un gran-
" de hombre , porque sin asun-
" to sabe mover bellamente la
" lengua."

Un extrangero estaba en Lacedemonia , y admiraba el respeto que tenian los jóvenes á los ancianos. " Solo en Esparta,
" dixo , es agradable el enveje-
" cer."

Un Lacedemonio que tenia malos los ojos , partia á la guerra. " ¿ Dónde vas tú , le dixo
" uno , y qué puedes hacer en
" el estado que te hallas?" " Si
" no puedo hacer otra cosa , le
" respondió , á lo menos embo-
" taré la espada de un enemi-
" go."

Los Lacedemonios habian

quitado la vida á los Reyes de Armas que les habia enviado el Rey de Persia, y el oráculo les mandaba expiar este crimen. Buris y Espartis fueron voluntariamente cerca de Xerxes á ofrecerse á su venganza. A su arribo se presentaron á él, y le dixeron les tratáse como quisiera, por represalias del insulto que habia recibido de Lacedemonia; pero el Príncipe no hizo mas, sino admirarlos; les declaró que quedaban libres, y les suplicó quedasen junto á él. "¡Ah! ¿cómo podriamos nosotros vivir aquí, abandonando nuestra patria, nuestras leyes, y aquellos ciudadanos, por los quales hemos venido desde tan lejos á buscar la muerte?" Indarnes, uno de los Generales

de Persia, empleó con ellos las mas expresivas súplicas, asegurándoles que allí tendrian los mismos honores que los principales privados del Monarca. "Bien
" se dexa ver, le respondieron,
" que tú ignoras lo que es liber-
" tad: un hombre sensato no la
" cambiará por el Imperio de los
" Persas."

Un hombre ligado con un Lacedemonio, por los lazos de la hospitalidad, se excusó de recibirle el primer dia que se le presentó; pero habiendo pedido prestada el dia siguiente una cama soberbia, se picó de recibirle con honor. El Lacedemonio subió á la cama, y arrojando los colchones y cubiertas, dixo: "Este fausto fué el que ayer
" me impidió el tener una es-

„ tera solamente para acostar-
„ me."

Algunos Lacedemonios fueron en calidad de Embaxadores cerca del tirano Ligdamis; pero éste se excusó varias veces de darles audiencia, y al fin les envió á decir que estaba enfermo. "Anunciarle, replicaron los
„ Embaxadores, que no veni-
„ mos á luchar con él, sino á
„ tener algunas conferencias."

Un Lacedemonio, en una batalla, tenia la espada levantada sobre un enemigo; oyó tocar la retirada, y no descargó el golpe. Preguntáronle, por qué no habia muerto á aquel enemigo; y respondió: " Porque va-
„ le mas obedecer á su General,
„ que matar á un hombre."

INSTITUTOS

DE LOS LACEDEMONIOS.

Quando entraban en las salas de las comidas públicas, el mas anciano, manifestando la puerta, decia: "Ninguna palabra sale „ por allí."

El plato mas estimado de los Lacedemonios, era lo que ellos llamaban el brueto negro (1).

(1) Congeturan que el brueto negro, ó salsa negra, se componia de sal de vinagre y de manteca de puerco. *Costumb. Miscel. Lacon. l. I, c.* 8.

Los viejos lo preferian á la vianda, la qual abandonaban á los mozos. Dicen que Dionisio, tirano de Siracusa, deseando regalarse, compró un Cocinero Lacedemonio, y le mandó que no ahorrase nada para que saliese con perfeccion el brueto negro; pero quando lo comió, le pareció tan malo, que lo escupió. "Prín-
„ cipe, le dixo el Cocinero, es
„ menester, para sazonar este gui-
„ sado, exercitarse al modo de
„ los Lacedemonios, y bañarse
„ en el Eurotas."

Despues que los Lacedemonios comian moderadamente en público, se retiraban á sus casas sin luz. No les era permitido, en ninguna ocasion, el hacerse alumbrar por la calle: se necesitaba que contraxesen la costum-

bre de andar sin miedo en la obscuridad de la noche.

No estudiaban las letras sino en quanto este estúdio les era necesario, y desterraban de entre ellos todos los demás; no con menos severidad, que la que empleaban con los extrangeros.

Su educacion consistia en obedecer bien, y soportar la fatiga, vencer, ó morir combatiendo.

Todas las estaciones del año las pasaban con el mismo manto, sin túnica, desaliñados, y absteniéndose quasi siempre de baños y esencias.

Los mozos dormian reunidos por ranchos, y no tenian otra cama que juncos del Eurotas, que arrancaban con sus manos, y sin el socorro del hier-

ro. En el invierno mezclaban con estos juncos otra planta menos dura, y mas caliente.

La costumbre era, que los de mas edad preguntasen á los mas jóvenes dónde iban, y á qué negocio, y debian corregir severamente á los que no respondian, ó buscaban pretextos. El jóven que era testigo de una falta, y no la castigaba, se sometia por el mismo hecho á la pena que el otro merecia. Era una gran vergüenza el ofenderse de las correcciones.

El mozo que cometia una falta, tenia obligacion de dar vuelta á un altar, entonando una cancion compuesta contra él. Esto era obligarlo á que él mismo se echára en cara sus propios defectos. Los jóvenes, no solo

estaban obligados á respetar sus padres, y estarles sumisos, sino que debian tambien honrar á todos los ancianos, guiarse por sus pasos, cederles el lugar, y estarse quietos y callando delante de ellos. No sucedia lo que en otras repúblicas donde cada uno no manda sino á sus hijos y á sus esclavos, y no vela sino sobre sus propios negocios; porque velaban sobre los hijos de los otros como sobre los suyos: esta era una propiedad comun, confiada á la vigilancia de todos.

Si el hijo que habia sido corregido iba á quejarse á su padre, era muy vergonzoso á éste el no aplicarle algun castigo mas; porque segun las instituciones del país, cada uno esta-

ba bien asegurado de que los otros no podian inspirar á sus hijos sino lo justo y lo honesto.

Aplicaban la juventud á cantar poesías y odas. Este exercicio se miraba como un estímulo del valor : le creian capáz de inspirar un útil entusiasmo para dar energía á las almas. La diccion de estos versos era simple y sin adornos; no hacian entrar en ellos sino las alabanzas de los hombres generosos que habian muerto por la patria, ó que habian conseguido grandes victorias : las invectivas contra los cobardes que habian arrastrado una vida miserable y vergonzosa : los estímulos para la virtud ; y el elógio de las bellas qualidades que convienen á las diferentes edades. En las fiestas, cada una de las tres

edades juntas formaba un coro diferente. El de los ancianos comenzaba; los hombres hechos proseguian, y los muchachos cantaban.

La música con que los Lacedemonios marchaban á los combates, respiraba valor, audacia y desprecio de la muerte. Abanzaban al enemigo con el canto de los coros, y al son de las flautas. Licurgo habia hermanado la música con los exercicios militares, para dulcificar con esta union la dureza del espíritu guerrero, y hacer nacer de este acuerdo una felíz harmonía. El General, antes de los combates, hacía sacrificios á las Musas, para excitar á los guerreros á executar acciones dignas de ser celebradas de los hombres, y de

vivir en su memoria.

No era permitido el apartarse de los principios de la antigua música. Terpandro fué uno de sus antiguos tocadores de Zítara; era el mas hábil artista de su tiempo, y tenia la destreza de celebrar las acciones de los heróes. Sin embargo, los Éforos lo multaron y confiscaron su instrumento, el qual ataron á un palo en la plaza pública. Su delito fué el haber añadido á su Zítara, para dar al canto mas viveza y variedad, una sola cuerda, que estos Magistrados miraban como inútil, porque no aprobaban sino la mayor sencilléz del canto.

Timotéo disputaba el premio en las fiestas Carnianas. Uno de los Éforos se vino á él con el cuchillo en la mano: " ¿De qué

„ lado, le preguntó, quieres que
„ yo corte á tu instrumento las
„ cuerdas que tiene mas de sie-
„ te?"

Licurgo abolió todas las supersticiones de los funerales; destruyó todas las puercas ideas que tenian sobre esto, y permitió que enterrasen en el pueblo, y hasta cerca de los Templos. Prohibió el no enterrar nada con el muerto, y quiso que solo fuesen estos envueltos en su manto rojo, y con hojas de laurel.

En las ceremonias fúnebres no permitió distincion alguna, y suprimió las inscripciones de los sepulcros, excepto en los de los ciudadanos muertos en la guerra, y tambien prohibió las lloronas pagadas.

Los viages estaban prohibi-

dos á los Lacedemonios, para impedirles el contraer las costumbres de los extrangeros, y conocer mejor sus viciosas constituciones.

Echó de Esparta á los extrangeros, temiendo no se erigiesen en preceptores dañosos de los ciudadanos, inclinándolos al mal.

Perdian los derechos de ciudadano, quando no podian acomodarse, y someterse á la educacion que prescribian las leyes de la república.

Algunos dicen que Licurgo concedió á los extrangeros, que pudiesen conformarse con el régimen ó gobierno de Esparta, y el derecho de participar de las porciones de tierra asignadas para formar los lotes de los ciuda-

danos; pero no les era permitido el venderlas.

Los Lacedemonios se servian de criados, de perros, y de caballos de sus vecinos, como si fuesen suyos, á menos que el dueño no los necesitáse.

El que en el campo necesitaba alguna cosa, abria la puerta de otro ciudadano ausente, tomaba los utensilios que necesitaba, y se contentaba con dexar una señal.

Llevaban vestidos rojos á la guerra, porque este color tiene algo de masculino; como por otra parte es el de la sangre, lo creían capáz de imprimir mas terror al enemigo, que no lo acostumbraba, y ademas tenia la ventaja de ocultar las heridas que podian recibir.

Quando debian la victoria á un ardid de guerra, sacrificaban un Buey; y solo un Gallo, quando la habian conseguido á fuerza de armas; queriendo acostumbrar á los Generales á saber tan bien inventar una extratagema, como á disponer un Exército en órden de batalla.

En sus plegarias pedian el saber tolerar las injurias.

Pedian á los dioses les concediese lo que era bueno; luego, lo que era hermoso, y no les pedian mas.

Un proverbio suyo decia, que desde luego era preciso poner manos á la obra, y despues implorar la fortuna; queriendo hacer comprehender, que es necesario empezar por el trabajo y por ayudarse á sí mismo, antes

de implorar el socorro divino.

Para que los muchachos concibiesen horror á la embriaguéz, les mostraban los esclavos sumergidos en este vicio.

Ellos no veían, ni Tragedias, ni Comedias, porque no querian, ni de burlas, ni de veras, oir palabra alguna contraria á leyes.

Cefisofón se alababa de poder hablar un dia entero sobre qualquier materia; pero lo desterraron, diciendo, que un buen Orador debia proporcionar la extension de sus discursos á la importancia de los asuntos.

Los solteros eran castigados por la vergüenza. No eran admitidos en el expectáculo de las luchas y juegos de la juventud. Los Magistrados los obligaban en Invierno á dar una vuelta, des-

nudos, al Mercado, entonando una cancion compuesta contra ellos.

El General tenia junto á sí en campaña á un Lacedemonio que hubiese adquirido la corona en alguno de los juegos de la Grecia. Decian, que un dia, en los juegos olímpicos, ofrecieron á un Lacedemonio grandes sumas de dinero porque se retirára de la lid. Él no la aceptó, y, despues de mucho trabajo, abatió por fin á su adversario. "¡Y bien! ¿qué ganas mas, le "preguntaron, en esta victoria?" "El honor, respondió, de com- "batir á vista de mi General."

DICHOS NOTABLES DE LAS MUGERES DE LACEDEMONIA.

Despues de la muerte de Brasídas, los ciudadanos de Anfipolis, que se hallaban en Esparta, fueron á visitar á su madre Agileonis. Ésta les preguntó si habia muerto con gloria, y de un modo digno de su patria: su respuesta fué un elógio magnífico de este General, al qual trataron de un hombre del mayor mérito que jamás hubo entre los Lacedemonios. "Deteneos, ex-
» trangeros, les dixo ella; mi

„ hijo era hombre de corazon; pe-
„ ro Lacedemonia tiene muchos
„ otros ciudadanos que valen mas
„ que él (1)."

Aristágoras de Mileto queria empeñar á Cleomeno en que hiciese la guerra al Rey de Persia, en favor de los Yonianos, y le prometia sumas considerables; pero mientras mas repulsas llevaba, mas aumentaba sus promesas. "Padre, le dixo Gor-
„ go su hija, echad fuera á es-
„ te extrangero, porque va á cor-
„ romperos."

Su padre la mandó cierto dia, que diese trigo en pago

si,

(1) La verdad es, que Brasídas fué el mas grande hombre que Esparta produxo en su tiempo.

á un hombre : "Este hombre ha
„ sido , añadió el padre , el que
„ me ha enseñado á hacer buen
„ vino." "Tanto peor , repuso
„ ella , porque si el vino es bue-
„ no , se beberá mas , y los que
„ beban , gustarán mas de este
„ deleyte , y se harán peores de
„ lo que son."

Ella vió que Aristágoras se hacía calzar por un criado: "Pa-
„ dre , le dixo , ¿no tiene ma-
„ nos este extrangero ?"

Un extrangero arrastraba blandamente su manto. Ella lo apartó : "Retírate, le dixo , tú , que
„ ni aun sabes hacer lo que ha-
„ ce muy bien una muger."

Acrotato , sobrino de Girtias, fué herido gravemente en un combate de muchachos , y le traxeron como muerto. Los amigos

y las gentes de la casa, daban grandes alaridos. "¿No callaréis? dixo la valerosa Girtias. "Él ha manifestado la sangre "de que ha nacido. Quando su"cede algun accidente á las gen"tes de corazon, no se ha de "gritar, sino socorrerlas."

Vinieron á anunciarla de Creta la muerte de este mismo Acrotato. "Quando marchó con"tra los enemigos, dixo ella, "fué, ó para darles la muerte, "ó recibirla. Mas dulce es el "saber que ha terminado sus dias "de un modo digno de mí, de "su patria, y de sus antepasa"dos, que el verle llevar una "larga vida en la pusilanimidad "y cobardía."

Damatria supo que su hijo era un cobarde indigno de su

madre: quando se presentó delante de ella, le dió la muerte.

Sobre ella compusieron este epígrama: " Lacedemonia, esta
" madre ha dado la muerte á
" Damatrio su hijo, Lacedemo-
" nio, que habia sido un trans-
" gresor de las leyes de su país."

Otra hizo lo mismo con su hijo, porque habia dexado su puesto: " No era mi hijo, dixo
" ella."

A otra la dixeron que su hijo habia salvado la vida huyendo; ella le escribió: " Aquí cor-
" ren de tí malas noticias: ó
" hazlas cesar, ó dexa de exîs-
" tir."

Un Lacedemonio se presentó á su madre, y ésta le preguntó: " ¿Cómo van los nego-
" cios de la patria?" = " To-

„ dos han muerto, la dixo." Con semejante respuesta, cogió la madre una teja, le dá con ella en la cabeza, y le mata, diciendo: " ¿Te habian ellos elegido para „ mensagero de su desgracia?"

Un hijo anunciaba á su madre la muerte generosa de su hermano. " ¿No te avergüenzas, le „ respondió, de no haberle acom„ pañado?"

Una muger tenia cinco hijos, y á todos los envió á la guerra. Ella se estaba en un barrio esperando noticias del combate. Llegó un hombre, y le preguntó; respondióle éste, que todos sus hijos habian muerto. " No es „ eso, vil esclavo, le dixo, lo „ que yo pregunto, sino ¿qué „ hace la patria?" " Queda vic„ toriosa, la dixo;" y exclamó:

"Con gusto recibo yá la noti-
„ cia de la muerte de mis hi-
„ jos."

Otra enterraba á su hijo. Una vieja del comun se acercó á ella, diciendo: "¡Qué destino!" "¡Por
„ Castór y Polux, que ha sido
„ bueno! exclamó la madre: Mu-
„ rió por la patria, y para ella lo
„ dí á luz."

Una muger de Yonia estaba muy envanecida con un soberbio adorno bordado por ella. Una Lacedemoniana la presentó sus quatro hijos, todos de rara belleza: "Vé ahí, la dixo, qua-
„ les deben ser las obras de una
„ muger virtuosa, y por lo que
„ debe tener orgullo y vanidad."

Algunos desterrados de Chio, llegados á Esparta, formaban grandes quejas contra Pædaretes,

Teleucia, su madre, los hizo venir, escuchó sus agravios, y reconoció que su hijo no tenia razon. Entonces le escribió: "La
„ madre de Pædaretes á su hi-
„ jo: Ó portate mejor, ó que-
„ date donde estás, sin pensar
„ en venir á Esparta á buscar re-
„ fugio."

Un Lacedemonio, sospechado de un crimen, fué llamado en justicia. Su madre le dixo: "Ó
„ termina este proceso, ó tus
„ dias."

Una madre enviaba á la guerra á un hijo suyo, que era cojo, y apenas podia andar. "A ca-
„ da paso que des, le dixo, pien-
„ sa en la virtud."

Un hijo de otra volvia del combate con una herida en un pie, que le causaba los mas agu-

dos dolores. " Si te acuerdas de
,, la virtud, le dixo su madre,
,, déxarás de sufrir, y recobra-
,, rás valor."

No pudiendo marchar un Lacedemonio, herido en la guerra, se arrastraba á quatro pies. Esto hacía reir, y él se avergonzaba. " Mas bien debes tú,
,, le decia la madre, alegrarte de
,, tu valor, que tener vergüen-
,, za de semejantes indignas bu-
,, fonadas."

Los antiguos llevaban sobre el Escudo los muertos. Una madre dixo á su hijo al darle sus armas: " Vuelve con este Escu-
,, do, ó sobre este Escudo."

Otra presentaba el Escudo á su hijo, que iba á partir á la guerra. " Vé ahí, le dixo, el Es-
,, cudo que tu padre ha conser-

„vado toda su vida: ó consér-„valo igualmente, ó dexa de vi-„vir."

Un jóven Lacedemonio decia á su madre, que su espada era muy corta. "Con eso, le „dixo, abanzarás un paso mas."

Una madre supo que su hijo habia muerto valerosamente, guardando su puesto. "Él era „mi hijo," dixo ella. Dixeron á otra, que el suyo se habia sal-„vado por una cobardía; y dixo: "Yo no soy su madre."

A otra vinieron á decirla que su hijo habia perecido en el puesto que le habian mandado. "Que lo entierren, dixo la ma-„dre, y que su hermano ocu-„pe su plaza."

Otra supo en una ceremonia pública, que su hijo habia

ganado la victoria, y que despues murió de sus heridas: ella, sin quitarse la corona de la cabeza, se dirigió á las mugeres que estaban junto á ella, y las dixo: "¡Oh, amigas mias! mas
"recomendable es el morir vic-
"torioso, que vivir, despues de
"haber ganado el premio en los
"juegos olímpicos."

Otra supo de boca de su hermano la muerte gloriosa de su hijo. "Tanto, le dixo ella,
"como me regocijo de su suer-
"te, tanto gimo de que tú no
"le hayas acompañado."

Preguntaron á una muchacha muy pobre, la dote que le llevaria á su esposo; y respondió: "La modestia de mis pa-
"dres."

Una muger de Lacedemonia

estaba puesta en venta. Preguntáronla, qué sabía; y dixo: "Ser
„ fiel." A otra la preguntaron, poco mas ó menos, la misma cosa; y respondió: " Lo que yo
„ sé, es gobernar bien una ca-
„ sa."



PENSAMIENTOS DE PLUTARCO SOBRE LA SUPERSTICION.

I.

La ignorancia de los dioses produce el ateísmo en los caractéres duros é inflexîbles, y hace nacer la superesticion en los espíritus débiles.

II.

No creer la exîstencia de un ser dichoso é indestructible, es el ateísmo. Este juicio falso, parece que, destruyendo la creencia

de la divinidad, debe conducir á una seguridad apática. Quando se crea que no exîste un Dios, debe acabarse por no temer nada.

III.

El efecto de la supersticion es bien diferente. Los Griegos la llaman el temor de los dioses, y es hacerla conocer bastantemente. Ella inspira al desgraciado de quien se apodera, un sentimiento de miedo que lo envilece y atormenta, y le dexa creer que exîsten dioses, pero que son malos y crueles.

IV.

El ateísta no experimenta sensacion, ni afecto alguno relativo á la divinidad; los afectos

del supersticioso, son contrarios á lo que debian ser. En efecto, la ignorancia del ateísta le impide el creer la exîstencia de un ser que nos es útil; la del supersticioso, le dexa creer que este ser exîste; pero añade á esta creencia, que es un ser dañoso.

V.

El menos activo, y mas estúpido de todos los temores, es el que produce la supersticion. La mar no se teme en no embarcándose; ni los combates, no yendo á la guerra; ni los salteadores de caminos, estandose en los hogares; ni los delatores, siendo pobres; ni la envidia, viviendo en la obscuridad; pero quando se tiene miedo á los dioses,

todo se teme, la mar, la tierra, el ayre, el Cielo, las tinieblas, la claridad, el ruido, el silencio, y hasta los sueños.

V I.

El esclavo olvida, durmiendo, los rigores de un dueño feróz; el sueño aligera las cadenas del cautivo; las llagas inflamadas, las úlceras roedoras, y los dolores mas agudos, se desvanecen durante el sueño; pero sus dulzuras no exîsten para la superstición; sola, en el reposo de la noche, no da treguas á sus tormentos.

V I I.

Espectros asombrosos, y fantasmas horribles, se presentan al

supersticioso en sueños; su imaginacion extraviada produce tormentos que lo despedazan y lo acaban; y los sueños mas espantosos, perpetúan su suplicio: él mismo es para sí el verdugo mas cruel, armado de látigos y de instrumentos de venganza; y cree oír órdenes tan terribles como quiméricas, las quales se vé obligado á obedecer.

VIII.

Él se despierta; ¿pero desprecia los sueños vanos que le atormentan? ¿se rie de ellos? ¿se regocija de que fueron ilusiones? No: él acaba de escapar de una sombra fantástica, y vá á trabajar para engañarse á sí mismo. Se atormenta, se arroja á locos

dispendios para consultar los corredores de plazas, y los pretendidos mágicos que lo envian alternativamente á preguntar á viejas infames brujas.

IX.

El poéta Cómico ha dicho festivamente, dirigiendose á los hombres faustuosos que hacen platear y dorar sus camas: "Solamente el sueño nos han dado gratis los dioses; ¿por qué, pues, quereis pagarlo tan caro?" "¿No se debiera decir lo mismo al supersticioso?" "Los dioses nos han concedido el sueño para descanso de nuestros males, para que los olvidemos; ¿por qué, pues, haces de él la continuacion de tu suplicio?"

X.

El tirano Polícrates inspiraba terror á Samos: Periandro se hacía temer en Corinto; pero no habia mas que irse á un pueblo libre, y desde entonces se dexaba de temerles. ¿Pero dónde podrá refugiarse el que mira el poder de los dioses como una tiranía feróz é inexôrable? ¿Adónde huirá? ¿Dónde hallará una tierra, una mar que pueda substraerle de la presencia de los dioses? ¡Desdichado! ¿En qué rincón del mundo podrás meterte, que creas haber escapado de la presencia divina?

XI.

Aunque el esclavo desespére

de obtener su libertad, no obstante exîste una ley que le permite el pedir que se le venda, y esperar, que cambiando de dueño, sea éste mas dulce; pero la supersticion no dexa el arbitrio de cambiar de dioses. ¿Dónde los hallará el supersticioso, que no le amedrenten, á quien hielan de horror los dioses de su patria, los dioses de sus abuelos; que no piensan sino bramando en aquellos dioses, de quienes esperamos nuestra prosperidad, y cuya clemencia adoramos; que tiembla delante de aquellos dioses, á los quales pedimos las riquezas, la felicidad, la concordia, la paz, el cumplimiento de nuestros deseos, y la prosperidad de nuestras empresas?

XII.

Altares hay donde el esclavo puede refugiarse; templos, cuyo recinto temen profanar los salteadores; en abrazando las estatuas de los dioses, nos substraemos al furor de los enemigos. Pero lo que vuelve la esperanza á los desgraciados que temen los males mas terribles, es precisamente lo que amedrenta al supersticioso. Vos, que sois su enemigo, no le arranqueis del recinto de los templos, porque allí tiene su castigo, y encuentra su tormento.

XIII.

¿Pero qué digo? La muerte es para todos los hombres el

fin de la vida, mas no lo es para el supersticioso. Éste extiende los límites de la vida, mas allá de la vida misma: lleva sus temores mas allá de su exîstencia; y halla el arte de ligar á la muerte ideas de sufrimientos que no morirán. Al momento que se vea libre de sus penas, se figurará un principio de otras que no tendrán fin. Delante de sus ojos se abren las puertas robustas del infierno: á sus ojos corren rios de fuego y de hielo: tinieblas fantásticas se esparcen: espectros horribles asombran sus miradas; y sus oidos se consternan oyendo gemidos lastimeros: él vé Jueces y Verdugos; vé dividirse la tierra, y abrirse profundas cabernas llenas de todos los males.

XIV.

Tiresias era desgraciado porque no veía á sus hijos, ni á sus amigos: Athamas y Agavé fueron mas desgraciados todavía; estos, que veían á sus hijos, y creyendolos Leones y Venados, se complacian en destruirlos. Mejor habria sido á Hércules en sus furores no ver á sus hijos, que el ver y tratar como enemigos estos objetos que debian serle tan interesantes. Tal es la diferencia que se encuentra entre el ateista y el supersticioso. El primero, cree que no exîsten los dioses absolutamente; y el segundo, cree que exîsten para deshonrarlos. El ateista no piensa en ellos; y el supersticioso se figura terribles

aquellos dioses clementes; tiranos, siendo padres; perjudiciales, quando velan sobre nosotros; y feroces é inexôrables, siendo incapaces de cólera.

XV.

El supersticioso tiene miedo de los dioses, y se refugia en su seno: los adula, y los ultraja; los implora, y los acusa.

XVI.

Considera bien al ateista en la desgracia, y aprende á conocerle. Si se trata de un hombre de carácter moderado, recibe los sucesos sin hablar palabra, y busca los medios de ayudarse á sí mismo, y consolarse. Si sufre

la adversidad con mas trabajo é impaciencia, es, porque se queja de la fortuna, y acusa de ciego al destíno: exclama, que no hay justicia, ni providencia, y que todo en el mundo no es otra cosa sino desorden y confusion.

XVII.

La conducta del supersticioso es enteramente contraria. A la mas pequeña desgracia que le sucede, se fabríca una larga série de males, mas aflictivos los unos que los otros, y todos inevitables: junta en su imaginacion motivos de temor, de sospecha, de confusion y espanto, y se consume llorando y gimiendo. No acusa á los hombres, á la fortuna, á las circunstancias, ni

á sí mismo de lo que le sucede, sino solo á los dioses. Cree que de la divinidad es de donde se deriva contra él el torrente inagotable de sus sufrimientos. No se cree solo desgraciado; él es el objeto de la cólera de los dioses; Dios es quien le castiga; es preciso que sufra su pena, y piensa haberla merecido.

XVIII.

Si el ateista está malo, trata de acordarse si se ha excedido en sus comidas; si su conducta ha sido desarreglada; si ha emprendido fatigas excesivas, y si debe atribuir sus males á la mudanza de los ayres y de clima. Si experimenta desagrados ó disgustos en los ne-

gocios públicos: si llega á ser desagradable al pueblo, y es calumniado cerca del Soberano, en sí mismo, y en quanto le rodea, busca la causa de su desgracia; preguntándose á sí mismo: ¿Qué he omitido yo? ¿qué es lo que he hecho? ¿qué obligaciones he dexado de cumplir?

XIX.

Pero si el supersticioso experimenta alguna indisposicion, ó algunas pérdidas en sus bienes; si se le mueren sus hijos; si en los negocios públicos tiene algunos disgustos: todo esto son plagas que Dios le envia, y la divinidad, que le castiga. No busca el modo de consolarse: no trabaja para corregir la fortuna: no

usa remedio alguno para su salud; y nada hace para oponerse á lo que le aflige, porque creería ir contra Dios, y que se volvia contra el Juez que le castiga. Si está enfermo, despacha el Médico; y si está afligido, desecha al sabio, que le ofrece sus consejos y consuelos. " Que me
" dexen, dice; que abandonèn
" al suplicio á un impío, á un
" miserable, entregado á la ven-
" ganza del Cielo, y al abor-
" recimiento de los dioses."

XX.

¿Qué podeis decir al supersticioso en su afliccion, y qué socorro podeis ofrecerle? Él se expone á la intempérie del ayre, envuelto en un saco, y cubier-

to de andrajos. Freqüentemente se revuelca desnudo en el fango; confiesa á voces algunos de sus pecados, como haber comido esto, haber bebido aquello, y haber seguido tal camino que el Cielo no le habia prescrito. Supongamos que no tenga sino una supersticion moderada, y que se trate él mismo con menos rigor; sin embargo, se queda en su casa rodeado todo de víctimas y purificaciones; viejas (para servirme de las palabras de Bion) vienen á ponerle, como en una maleta, todo quanto encuentran á la mano; y él queda lleno de confianza con estos andrajos en que lo envuelven.

Teribazo tenia una fuerza extraordinaria. Algunos Persas fueron á prenderle; sacó la espa-

da, y se puso en estado de defensa; pero le dixeron que iban á prenderle de órden del Rey: al punto arrojó la espada, y presentó las manos á las cadenas con que le ataron. ¿No es esto mismo lo que hace el supersticioso? Los otros luchan contra las congeturas, tratan de salvarse, y cuidan de apartar los males que los afligen; pero él, sin querer oír á nadie, se dice á sí mismo: "Tú sufres, desdichado, porque „ lo manda la providencia de „ Dios." Entonces desecha toda esperanza, se abandona, huye, y aparta á los que quisieran socorrerle.

XXII.

La superstición hace mortales freqüentemente muchos ma-

les ligeros en sí mismos. Aristodemo, Rey de Mesena, estaba en guerra con los Lacedemonios. Unos Perros ahullaron, y al punto creyó que estos ahullidos se parecian á los de los Lobos. Extendió trigo rubio al rededor del hogar de sus padres, y los adivinos no dexaron de descubrir en esto presagios funestos; visto lo qual, y fuera de sí, perdída ya toda esperanza, se quitó la vida. Nicias, General Ateniense, habria podido librarse, puede ser, de la supersticion, por el mismo medio que Aristodemo. Esto valia mas que espantarse de un eclipse de Luna, y quedarse en la inaccion, mientras los enemigos le rodeaban y envolvian: no habria causado la pérdida de quarenta mil hombres,

que fueron muertos, ó quedaron prisioneros: él mismo no hubiera caido en las cadenas de los enemigos, y se hubiera ahorrado una muerte vergonzosa.

XXIII.

Las fiestas son dias de placer. Por todas partes se exhala el humo del incienso, y por todas partes resuena el canto de los himnos sagrados; pero el supersticioso no hace oir sino gemidos. Él se corona de flores, y la palidéz se descubre en su rostro; sacrifica, y está embargado de temor; hace plegarias con voz lamentable, y con mano trémula esparce el incienso sobre el altar.

Desmiente á Pitágoras, que

ha dicho, que el mas felíz instante para los mortales, es aquel en el qual se acercan á los dioses; pero entonces es quando el supersticioso experimenta los mas tristes y penosos sentimientos. Se acerca á los templos y á los altares, como si se ocultára en las cuevas de los Osos, en las cavernas de los Dragones, y en las simas llenas de monstruos marinos.

XXIV.

Por mi parte, admiro que traten el ateísmo de impiedad, y que no digan que la supersticion es otra tal. ¡Qué! ¡dices que el que no cree en los dioses es impío; y los que se los figuran báxo los rasgos que les dá el supersticioso, no serán mu-

cho mas impíos todavía! Por lo que hace á mí, quisiera mejor que se dixera, que yo jamás nací, que no hay tal Plutarco, que no que se dixera: Plutarco exîste; pero es un hombre ligero, inconstante, facil de irritarse, que quiere vengarse de la menor ofensa, y que se indigna por la mas ligera cosa; que si te olvidas de convidarlo á comer, ó de presentarte en su puerta, se echará sobre tí como sobre una presa, y te devorará; que arrebatará tu hijo para hacerlo pedazos; y que expresamente mantendrá una bestia feróz para enviarla á destruír tus sembrados y cosechas.

XXV.

¡Qué! ¡será una impiedad hablar mal de los dioses, y no lo será el pensar mal de ellos! ¿No es el pensamiento del que habla mal, el que constituye el crimen de su discurso? Nosotros condenamos los malos discursos, porque son signos de aversion. Si miramos como enemigos á los que hablan mal de nosotros, es porque sus palabras testifican su perfidia, y sus malas intenciones. Pero observese lo que los hombres entregados á la supersticion piensan de los dioses: ellos los suponen estúpidos, infieles, voltarios, vengativos, crueles, y capaces de ofenderse por nada.

XXVI.

Es preciso, pues, absolutamente, que aquel que se abandona á la supersticion, aborrezca á los dioses al mismo tiempo que los tema. ¿Y cómo dexaría de ser esto así, quando cree que por ellos le han venido los mayores males que ha sufrido, y que todavía le enviarán otros? Supuesto que aborrece, y teme á los dioses, es por conseqüencia su enemigo. No te espantes si los reverencia, si los adora, si les ofrece sacrificios, y si freqüenta sus templos; porque á los tiranos se les adula, se les hace la corte, y se les erigen estatuas de oro; pero se les detesta al mismo tiempo que se les

prodigan adoraciones. Hermolao servia á Alexandro de Fero: Pausanias era de la guardia de Filipo: Cheréas, de la de Calígula; y todos, sirviéndoles, decian: "¡Cómo te castigaría yo, " si pudiera!"

XXVII.

El ateísta cree que no hay dioses, y el supersticioso quisiera que no los hubiese. Éste cree que exîsten; pero es á pesar suyo, y porque no se atreve á dudarlo. Si pudiera sacudir el temor que le agita, con gusto abrazaría las opiniones del otro. Éste nada tiene de comun con el supersticioso; pero el supersticioso sería ateísta por eleccion; y solo es débil para abrazar la opinion que quisiera escoger.

XXVIII.

El ateista no ha sido jamás causa de que nadie haya dado en la supersticion, pero ésta ha sido la primera que hizo nacer el ateismo. Despues tambien que éste exîste, es aquella la que le proporciona medios todavía para hacer su apología; y si esta apología carece de precision y verdad, á lo menos es plausible. Si algunos hombres han pronunciado en efecto, que no exîstian tales dioses, no ha sido porque hayan encontrado que reprehender en los movimientos celestes, en los astros, en las estaciones, en el curso del Sol al rededor de la tierra, periódo que nos dá los dias y las noches; tampoco es porque hayan hallado algun

defecto de órden y conveniencia, en el modo con que los animales se alimentan, y la tierra nos prodiga sus frutos: lo que ha causado su error, son las prácticas y los afectos ridículos de los supersticiosos, sus discursos, sus contorsiones, sus prestigios, sus encantamentos, sus corridas furiosas al ruido de los címbalos, sus purificaciones impuras, su puerca castidad, y los templos mudados para ellos en lugares de suplicios, y envilecida la dignidad del hombre. Esto es lo que ha hecho decir á ciertas gentes, que mas vale que no haya dioses, que tenerlos para que reciban un culto tal, que gusten de semejantes extravagancias, y que sean tan malos, tan sórdidos y tan fáciles de irritarse.

XXIX.

¿No hubiera sido mejor para los Galos y los Escitas no haber tenido idea alguna de los dioses, no haber podido figurárselos, no haber jamás oído hablar de ellos, que creer que exîsten; pero que se complacen en ver correr la sangre de los hombres sobre sus altares, y que las víctimas humanas son las mas perfectas, y las mas agradables á sus ojos? ¿No hubiera sido mejor para los Cartaginenses el haber tenido por legisladores, ateistas, como Cricias y Diágoras, y no haber creido la exîstencia de los dioses, que sacrificar sus hijos sobre los altares de Saturno? Los que no tenian hijos, los compraban á los pobres para in-

molarlos como Corderos. La madre estaba presente al sacrificio, sin verter una lágrima, ni oirsela un gemido; pero si se atrevia á llorar ó gemir, perdia el honor, y su hijo no dexaba por eso de ser sacrificado. Si los Tifones y los Gigantes hubieran sacudido los dioses, y fueran ellos los que nos gobernasen, ¿gustarían de otros sacrificios? ¿exîgirían otro culto?

XXX.

Xenofanes, el físico, vió á los Egipcios que en sus fiestas se daban golpes de pecho, y hacian resonar en los ayres sus gemidos: "Si ellos son dioses, les
„ dixo, no les lloreis; y si son
„ hombres, no les ofrezcais sa-
„ crificios."

XXXI.

De todas las enfermedades del alma, la supersticion es la que causa mas extravíos, mas afectos opuestos entre sí, y mas opiniones contradictorias que se combaten las unas contra las otras. Es necesario huirla, pero sin imitar á aquellos que por substraerse de los ladrones, de las bestias feroces, y de los incendios, pierden la cabeza, y se arrojan en senderos impenetrables, en cuevas y precipicios. De este modo, por huír de la supersticion, se ven hombres precipitarse en el extremo opuesto, el ateísmo, sin quedarse en el justo medio, que es la devocion.

FIN DEL TOMO NOVENO.